933. 155.
Repetida Pza 9

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

UN TRONO Y UN DESENGAÑO.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1862.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

UN TRONO Y UN DESENGAÑO.

IMP. DE C. GONZALEZ. SAN VICENTE, 52.

648:20

UN TRONO

Y

UN DESENGAÑO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

D. MARIANO PINA.

MUSICA DE LOS SEÑORES

ARRIETA, INZENGA Y REPARAZ.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Circo
el 19 de Diciembre de 1862.

MADRID.
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º
1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA.	D.ª Elisa Villó.
LA PRINCESA.	Adela Rodriguez.
NICOLASA.	Adela Montañes.
EL BARON.	D. Manuel Sanz.
EL CONDE.	Joaquin Becerra.
RIELOF.	Joaquin Pló.
CORNELIO.	Eugenio Fernandez.
VOREF.	N. Escribano.

DAMAS, OFICIALES, CABALLEROS, SOLDADOS, MÁSCARAS, ETC.

La accion del primer acto pasa á seis leguas de San Petersburgo; la de los siguientes, en esta capital, año de 1741.

La propiedad de esta zarzuela pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Patio de una granja: tapia al foro con puerta grande. A la izquierda del actor, fachada y puerta de una parte de la casa. A la derecha idem idem más ordinaria, que conduce á las caballerizas.

ESCENA PRIMERA.

CORNELIO.

MÚSICA.

Cálzate la espuela,
monta el alazan,
que hoy tu ligereza
debes demostrar.
La lará, lará, la lará, lará.
Sufre las palizas
que te quieran dar,
que esta es del esclavo
la suerte fatal.
La lará, lará, la lará, lará.
Al trote, al escape

si monto yo en él,
un rayo parece
mi fiero corcel.
Al cuello la rienda,
sumiso á mi voz,
por valles y cerros
me lleva veloz.
Zis, zas, hi, oh,
vuela el caballo
que monto yo.

ESCENA II.

Dicho. — OFICIALES.

OFICIALES.

Postillon, postillon,
sin ninguna dilacion,
¡voto va! sin tardar,
echa sillas y á marchar.

CORNELIO.

Postillon, postillon,
¡qué endiablada confusion!
¡voto va! no gritar,
ni hablen todos á la par.

OFICIALE 2º

Pronto, á toda costa,
caballos de posta.
No importa el dinero
si sirves ligero.
Despáchate, drope,
que á todo galope
queremos partir.

CORNELIO.

Ja, ja, ja, ja,
¡no es mucho pedir!

OFICIALES.

Al punto caballos
ó vas á morir.

CORNELIO.

Oid, oid.
Los caballos todos
de este postillon,
están reservados
de órden superior,
para una princesa
de la casa real,
que dentro de poco
aquí llegará.

OFICIALES.

Esa es una escusa,
eso no es verdad.

CORNELIO.

Para una princesa
que lo pagará.
La lará, lará...

OFICIALES.

Postillon, postillon,
sin ninguna dilacion
¡voto va! sin tardar
echa sillas y á marchar.

ESCENA III.

Dichos. — EL BARON.

BARON.

¡Qué extraña gritería!
¿por qué tanto furor?
¿Quién á mis oficiales
estólido faltó?

OFICIALES.

Este perillan,
hijo de Luzbel,
con malvado afan
hoy nos deja á pié.

CORNELIO.

Solo es la verdad,
señor coronel,
que me van á ahorcar
si no os dejo á pié.

BARON.

Si este perillan
me niega un corcel,
soy yo muy capaz
de marcharme á pié.
Que hoy van á ver mis ojos
con célica alegria
tras de tan larga ausencia
el sol del alma mia.
Hoy á los pies postrado
del ángel de mi amor,
respirará extasiado
mi amante corazon.
¡Oh! sí, mi bien,
hoy tu aliento adorado
respiraré.
Y si la dícha mata,
hoy moriré.

HABLADO.

BARON. ¿Conque dice este truan
que no prepara caballos?
CORNELIO. Señor, me es tan imposible...
UN OFICIAL. Lo imposible aquí, menguado,
es que dejes de morir

si eludes nuestro mandato.

CORNELIO. ¡Pero señor!

UNOS OFICS. Embustero.

OTROS. Nada, nada; estrangularlo.

BARON. ¡Eh!... poco á poco, señores,
dejad los fueros á un lado,
que más bien exaltarán
el carácter de este bárbaro...

CORNELIO. Usía me ha conocido.

BARON. Y dejadme mano á mano
con él, para que por bien
y por medios más humanos...
(Mostrándole un bolsillo.)

CORNELIO. (Me parece buen sugeto
el coronel.)

BARON. Convengamos
en el modo de arreglar
este negocio. Entretanto,
no os alejeis de esta casa;
pues lo de tener caballos
para partir al momento
á San Petersburgo, es llano,
porque los pondrá este mozo,
si no por bien, desollándolo.
(Vanse los oficiales por el foro.)

ESCENA IV.

BARON.—CORNELIO.

CORNELIO. (¡Cáspita! el que yo creia
menos pendenciero.)

BARON. Vamos,
ya que hemos quedado solos
y en paz, dígame el taimado

el precio que nos exige
por sus perezosos jacos
si de aquí á doce minutos
nos los presenta ensillados.

CORNELIO. Aunque diérais un millon
seria, señor, en vano.

BARON. Mira que te desorejo
si eres conmigo bellaco.

CORNELIO. Juro, por San Nicolás,
que los tengo reservados...

BARON. ¿Para algun rico magnate
de la corte? Yo los pago
doble.

CORNELIO. Ni triple; si os digo
la persona que ha de usarlos,
humillando vuestra frente
respetareis sus mandatos.

BARON. Habla.

CORNELIO. Su Alteza imperial...

BARON. ¿La regente? ¡Voto al diablo!

CORNELIO. No, la princesa Isabel:
ese ángel que desterrado
estaba en Novogorod...

BARON. Cierto; y allí por dos años
ha dado mi regimiento
la guarnicion... mas no alcanzo:
al dejar él la ciudad,
la princesa se ha quedado
en ella... pero qué mucho
que nos alcance su paso
andando Su Alteza en posta
y nosotros?... ¡Por San Pablo!
esto destruye mis planes.
Yo que en union de otros varios
oficiales pretendia

el regimiento dejando
atrás llegar á la corte
mañana mismo, me hallo
en la imposibilidad
de llevar mi plan á cabo.
Ese Conde de Golofkin,
más que ministro tirano
de esta nacion, es seguro
que dejará su palacio
para venir al encuentro
de la princesa, y el vándalo
es capaz de fusilarme
si me encuentra separado
de mis tropas.

CORNELIO. Y lo hará
sin el más leve reparo.
¡El Conde!... ¡solo su nombre
hiela mi sangre de espanto!

BARON. Lo creo; no hay moscovita
á quien él no haya causado
algun pesar.

CORNELIO. Si entendeis
por pesar sufrir un palo,
me ha causado su excelencia,
de quien soy un pobre esclavo,
dos mil pesares, tan negros
como las alas de un grajo.

BARON. Y de seguro por faltas
escusables.

CORNELIO. Figuraos,
que los últimos cincuenta
me los propinó inhumano,
porque no le remití
á mi mujer en el acto.

BARON. ¿A tu mujer?

CORNELIO. La pidió
pues... como se pide un fardo.
BARON. ¿Es muy bonita?
CORNELIO. Eso á mí
no me toca ponderarlo:
que os lo diga el herrador,
y el cura, y el escribano,
que la conocen y saben...
y en fin, todo el vecindario.
Más lista es que una centella;
por eso el encopetado
del Conde le dió en su casa
el puesto más delicado.
BARON. ¿La nombró su costurera?
CORNELIO. Es un encargo más alto.
BARON. ¿Su ama de llaves?
CORNELIO. Más gordo.
BARON. Pues no entiendo.
CORNELIO. La ha nombrado
de la policía secreta.
BARON. ¿A ella?
CORNELIO. Os lo diré más claro.
BARON. Dí.
CORNELIO. De la ronda de noche
de su sombrío palacio.
La ha nombrado camarera
de su mujer, con encargo
de vigilar sus acciones
y espiar todos sus pasos.
BARON. ¿Es celoso?
CORNELIO. Como un árabe.
Pero ya le doy trabajo.
Si la señora condesa
tiene el carácter simpático,
es muy capaz Nicolasa...

BARON. ¿De pegársela al tirano?
CORNELIO. De fijo: si mi mujer
se la pega al más pintado.
Digo... excepto á su marido.
BARON. Adelante.
CORNELIO. Y lo más raro
es, que pagan mis espaldas
los descuidos endiablados
de mi consorte. Hace un mes
recibí diez latigazos,
porque no le dijo al Conde
que su esposa habia estrenado
unos chapines.
BARON. Lo cual...
CORNELIO. ¡No es lógico que digamos!
BARON. Castigar en tí las culpas
de tu mujer...
CORNELIO. Dice el amo,
que la tengo mal criada,
y que así la iré enseñando.
BARON. Esa es su moralidad;
esa la capa de santo
con que pretende encubrir
un corazon tan malvado.
(Se oye el toque de tambores.)
CORNELIO. ¿No escuchais?
BARON. Se oyen tambores.
CORNELIO. (Asomándose.)
¡Demonio! ¿Qué estoy mirando?
Es el conde.
BARON. ¡Vive el cielo!
Sin remedio soy el blanco
de sus infernales iras.
CORNELIO. Y yo de sus arrebatos.
¡Ay! ¡se me eriza el cabello!

¡Dios mio! ¡Si habrá estrenado
la condesa otros chapines!

BARON. ¿Qué importa? me sobra el ánimo...
voy á unirme á mis amigos.

CORNELIO. Y yo á unirme á mis caballos. (Vase Cornelio.)

ESCENA V.

EL BARON.—EL CONDE.—VOREF.

(Al salir el Baron se encuentra con el Conde y se detiene.)

BARON. Ya no es tiempo.

CONDE. ¿Vos tambien?

BARON. Señor Conde...

CONDE. El que debia
ser el más perfecto ejemplo
de obediencia y disciplina,
olvidando sus deberes,
no tan solo no castiga
la desercion, sino que
la desercion patrocina!

BARON. Permitid...

CONDE. Señor Baron,
vuestra conducta es indigna.

BARON. Si no escuchais...

CONDE. Lo sé todo.
Sé que llevais las insignias
de coronel; que mandais
un regimiento de línea,
al que habeis adelantado
abandonando sus filas...

BARON. Para preparar bagajes
y ranchos...

CONDE. ¡Escusa frívola!

Salid, y aguardad mis órdenes,
que yo os daré la consigna
muy en breve.

BARON. Os obedezco.

CONDE. Haceis bien.

BARON. (Dios te maldiga.) (Vase.)

ESCENA VI.

EL CONDE.—VOREF.

CONDE. Ya lo habeis visto, Mayor;
relajada la Milicia,
y entre jefes y oficiales
presidiendo la anarquía.
Mas yo haré que todos sientan
el peso de mi justicia.
Por de pronto, el regimiento
que asi se desorganiza,
no es justo que esté en la corte.
Disponed que solo un dia
descanse en San Petersburgo,
y que prosiga en seguida
su marcha para Smolenk.
En las circunstancias críticas
en que se encuentra el imperio,
es urgente esta medida.
De la princesa Isabel
la venida repentina
augura sérios trastornos.
Ya sabeis que se conspira,
y que por los descontentos
se alimenta y patrocina
la idea de alzar al trono
á la princesa, que tímida,

no se atreve á tomar parte
en pretension tan ridícula.

VOREF. Si ella se niega...

CONDE. Así es;
pero su presencia anima
á los ilusos, y aguardan
que al fin tome parte activa...
por eso la victorean
por do quier ella transita;
por eso vengo á su encuentro
con tropa fiel y aguerrida;
y si en proseguir su marcha
Su Alteza imperial se obstina,
entrará en la capital
á mi lado, y mala dicha
le auguro al que intente osado
dar una voz subversiva.

(Se oye una corneta.)

VOREF. Esa señal...

CONDE. Nos anuncia
que Su Alteza se aproxima.
Vigilad por todas partes
con la atencion más solícita,
y prended sin compasion
al que las leyes infrinja.

(Se oyen los tambores batir marcha, y hurras y vivas á la Princesa. Despues marcha real. El Conde y Voref se dirigen al foro á recibir á la priucesa.)

ESCENA VII.

Dichos.—LA PRINCESA.—LA CONDESA.—RIELOF.—Damas, aldeanos de ambos sexos, caballeros, oficiales y el número suficiente de soldados que en formacion han precedido á la comitiva, quedándose en el fondo y presentando las armas al salir á la escena la Princesa.

CANTO.

CORO.

Hurrá, hurrá!
viva Isabel,
de Pedro el grande
rctrato fiel.
El puro brillo
de su beldad,
á nuestros campos
la vida dá.
Hurrá, hurrá!

CONDESA.

De vuestra alteza augusta
humilde esclavo soy.

PRINCESA.

Estimo, noble conde,
tan férvida adhesion,
y á vuestra linda esposa
quc siempre distinguí,
el alma le agradece
me salga á recibir.

CONDESA.

Viviendo á vuestro lado
en mi feliz niñez,
por vos siente mi pecho
cariño eterno y fiel.

PRINCESA

Años dichosos
de dulce paz,
que por desgracia
no volverán.

CONDESA.

Dulces recuerdos
de aquella edad,
de inolvidable
felicidad.

PRINCESA.

Tras de la dicha vuela
mi pobre corazon,
y se aleja la dicha
con vuelo más veloz.
Risueña la esperanza
aliento al pecho dá,
gritándome que al cabo
la dicha he de alcanzar.
Y el pecho augura
que la ventura
á mi volviendo
su dulce faz,
Al ver mi anhelo
parando el vuelo,
bajo sus alas
me arrullará.

CONDESA.

El pecho augura
que la amargura
que de mi pecho
robó la paz,
Con fiero anhelo
siguiendo el vuelo
mis tristes penas
aumentará.

CONDE.

Si en la cordura
no se asegura
y al solio aspira
con necio afan,
Del torpe anhelo
siguiendo el vuelo,
sabré sus planes
desbaratar.

RIELOF.

El pecho augura
que la ventura
que de mi pecho
huyó fugaz,
Al ver mi anhelo
parando el vuelo,
bajo sus alas
me arrullará.

CORO.

Su pecho augura
que la ventura
volviendo presto
su dulce faz,
Al ver su anhelo
parando el vuelo,
bajo sus alas
la arrullará
Hurrá! hurrá!

HABLADO.

PRINCESA. Estoy, mi buena Condesa,
en extremo agradecida
porque recordando afable
que siempre fuí vuestra amiga,
recibir habeis querido...

antes que otra mis caricias.

CONDESA. Prosternarme á vuestras plantas
es grata obligacion mia
y os suplico que acepteis,
puesto que vendreis rendida
de cansancio, mis servicios
en esta humilde alquería.

PRINCESA. No tal, no vengo cansada,
al contrario, las fatigas
del viaje, me distraen
y mi cuerpo fortifican.
¿Verdad, Rielof?

RIELOF. Vuestra alteza
goza de la más cumplida
salud.

PRINCESA. Ya veis que el doctor
mis asertos justifica;
por eso sin detenerme
quiero seguir mi partida
á la capital.

CONDE. Señora,
si lo permitís benigna,
os diré lo que la córte
en esa materia opina.
La regente del imperio
durante la minoría
del príncipe Ivan, su hijo,
nuestro emperador, oida
la opinion del gran consejo
de regencia, cuerda estima
que los aires de la córte
vuestra salud perjudican,
y que debeis regresar
otra vez...

PRINCESA. Bien por mi vida!

Señor Conde, ¿es una órden
la que vuestra voz me intima?
Pronto, acabad.

CONDE. La regente
no os lo ordena, os lo suplica.

PRINCESA. Gracias por la urbanidad.

CONDE. Vuestra imprevista salida
de Novogorod, sin previa
licencia de la Czarina
puede alentar á los díscolos...

PRINCESA. ¡Y darle á la policía
algun trabajo!.. mejor.
Vos obtendreis las albricias.
¿Porque se me haya pospuesto
en la sucesion legítima
del trono, porque un sobrino
sea preferido á la hija
de Pedro el Grande, hay razon
para que ella en paz no viva
donde le cuadre? ¡Por Dios!
que esa es una tiranía
que no he de sufrir.

CONDE. Señora,
la conveniencia política...

PRINCESA. Para la que no reclama
sus derechos, ni conspira
para alcanzarlos, inútiles
son esas sábias medidas.
Por lo mismo, yo rechazo
opresion tan inaudita,
y entraré en San Petersburgo
con vos esta tarde misma.
Disponedlo todo al punto
para que mi marcha siga.

CONDE. Advertid...

PRINCESA. Conde... Os lo mando.
CONDE. Y sereis obedecida.
PRINCESA. Dejadme: quiero estar sola.
CONDE. (Tal vez marches á tu ruina.) (vánse.)

ESCENA VIII.

LA PRINCESA.—RIELOF.

RIELOF. Bien, señora, habeis hablado
como cumple á la persona
que si no ciñe corona
es porque se la han robado.
PRINCESA. Confiaban en mi genial
irresoluto y cobarde...
RIELOF. Y habeis hecho noble alarde
de vuestra sangre imperial.
PRINCESA. Cruzar de nuevo el espacio,
y volver á mi ostracismo,
habiendo mañana mismo
brillante baile en palacio.
RIELOF. ¿Es el baile únicamente
lo que os pudo resolver?..
PRINCESA. (Sí; porque en él podré ver
al que ya lloraba ausente.)
¿Qué objeto me ha de llevar
sino la dulce alegría
de la córte?
RIELOF. Ser podia
el deseo de reinar.
PRINCESA. ¡Reinar! por piedad, doctor,
¿por qué insiste vuestro acento
en el triste pensamiento
que llena mi alma de horror?
¿Por qué afligirme con esa

interminable porfía,
cuando yo renunciaria
hasta el rango de princesa?

RIELOF. Y si el bien de esta nacion
reclamase el sacrificio?

PRINCESA. ¿Y debo hacerlo en perjuicio
del bien de mi corazon?
Jamás: blanco del encono
soy de una aleve pandilla
que me persigue y me humilla
despues de usurparme el trono.
Nada me importa; á pesar
de su inícuo proceder,
no la puedo aborrecer;
mi alma solo sabe amar.

RIELOF. Tambien era así la mia,
y esos vándalos tiranos
con sus actos inhumanos
la hundieron en la agonía.

PRINCESA. Y al paso que procurais
de mi cuerpo la salud,
el temor y la inquietud
en mi espíritu sembrais.

RIELOF. Porque trasmitir quisiera
á vos mi ardiente entusiasmo
sacándoos de ese marasmo
que llora la Rusia entera.

PRINCESA. Yo deploro en realidad
el no ceder á su empeño;
pero me halaga un ensueño
de mayor felicidad.

RIELOF. Nada imposible hallaria
la potente emperatriz
de esta nacion.

PRINCESA. Ser feliz.

RIELOF. ¿Quién, señora, se opondria
á ese ensueño de ventura,
ostentando en vuestra frente
la diadema que explendente
realzará vuestra hermosura?
PRINCESA. ¿Juzgais que con la corona
mi rostro estará más bello?
RIELOF. Sereis del cielo un destello,
mi fiel lealtad os lo abona.
PRINCESA. (Mas si venzo en la revuelta,
y reino, he de renunciar
á él...)
RIELOF. ¿Aun podeis dudar,
señora?
PRINCESA. No; estoy resuelta.
RIELOF. ¿Sí? Bien: pues yo galardono
el triunfo á nuestro pendon.
PRINCESA. Doctor, mi resolucion
es alejarme del trono.
RIELOF. ¿Qué decís?
PRINCESA. Que quiero ser
árbitra de mi destino
y apartarme del camino
que infelice me ha de hacer.
RIELOF. Reflexionad...
PRINCESA. Basta ya,
y aprestad el carruaje
para seguir mi viaje
al momento.
RIELOF. Bien está.
PRINCESA. (Si no me engaña el deseo,
su regimiento está aquí:
á más de un oficial ví,
pero al jefe no le veo.)
Mientras un punto reposo

olvidad esa manía.
Ya vereis, por vida mia.
qué baile tan delicioso. (váse.)

ESCENA IX.

RIELOF, despues EL BARON.

RIELOF. Del baile la animacion,
el amor, las veleidades...
pueriles frivolidades
ocupan su corazon.
Cuando con una palabra
pudiera cambiar la faz
del imperio, pertinaz
su ruina y desdicha labra.
¡Oh! pero yo haré que tuerza
su voluntad descreida,
y ó me ha de costar la vida
ó la hago reinar por fuerza.

BARON. Si hoy no sucumbo al impulso
de mi insaciable furor...
¡Hola! ¿estais aquí, doctor?
me alegro: tomadme el pulso.

RIELOF. ¿Qué teneis?

BARON. Tengo locura,
despecho, ira sofocante.

RIELOF. En efecto, ese semblante
demuestra...

BARON. La calentura.
Lo sé.

RIELOF. Pero ¿qué os sucede?

BARON. Me sucede, por mi nombre,
que voy á matar á ese hombre
que tan vilmente procede.

RIELOF. ¿A quién!

BARON. ¿No lo he dicho? Al conde.

RIELOF. ¿Al ministro? ¿Estais en vos?

RARON. No lo sé, mas ¡vive Dios!
que al mas loco no se esconde,
que es mejor con valentia
hacer al pueblo ese bien
y morir, que ir á Smolenk
de guarnicion.

RIELOF. Yo creia
que iba vuestro regimiento
á la córte destinado.

BARON. Así estaba decretado,
cierto; pero hace un momento
que el decreto se revoca
y á Smolenk se nos envia,
sin descansar más que un dia
en la córte. ¿No provoca
esa órden al más abyecto?
Despues de haber guarnecido
dos años el maldecido
Novogorod...

RIELOF. En efecto,
la órden es apasionada;
pero la ley del soldado
es obedecer callado.

BARON. Antes romperé mi espada:
vivir dos años ausente
de la mujer que se adora,
y cuando luce la aurora
tan ansiada, de repente
perder su luz halagüeña.

RIELOF. (¿Qué oigo?) ¿La que amnis está?..

BARON. En San Petersburgo.

RIELOF. Ya...

(Y la princesa que sueña...)

BARON. La criatura más bella
el tipo más ideal...
Seis meses, há por mi mal,
que nada he sabido de ella.

RIELOF. (Esto se va complicando.)
Y los bravos oficiales
sufrirán los propios males.

BARON. Si todos están trinando.

RIELOF. Pobres chicos, ha un instante
que la princesa me hablaba
de ese cuerpo, y elogiaba
su aire marcial y brillante.

BARON. Su alteza es un ángel puro
que adora la Rusia entera.

RIELOF. Si ella la Czarina fuera,
podeis tener por seguro
que el regimiento valiente
que mandais no partiria,
y en Petersburgo estaria
de guarnicion permanente.

BARON. Pero es fuerza renunciar
á tan risueña esperanza.

RIELOF. Cuando el huracan avanza
y se embravece la mar,
aquel que tiene valor
y es piloto más experto,
ántes que otro llega al puerto
y gana el lauro mayor.

BARON. ¿Qué decís? ¿Será verdad
que se conspira?

RIELOF. ¡Por Dios!
coronel, ignorais vos?...

BARON. Os juro por mi amistad...

RIELOF. Cuando á la lucha tremenda

se previene la nacion,
os mostrareis vos, Baron,
inactivo en la contienda?

BARON. ¡Vive Dios! seré el primero:
nunca al peligro me escondo.

RIELOF. Vuestras tropas?

BARON. Yo respondo
de mi regimiento entero.
Con valeroso heroismo
se lanzará á la pelea...
pero es fuerza que esto sea
muy pronto... mañana mismo.
Si no, ese tirano odiado
nos expide el pasaporte,
y si dejamos la corte...

RIELOF. Vuestro amor se ha malogrado.

BARON. Ese amor que es mi existencia.

RIELOF. Silencio... se acerca gente.
Valor, y tened presente
que vigila la regencia. (Vase.)

ESCENA X.

El BARON, despues SOFIA.

BARON. ¿Qué importa? si de mi bella
separado he de vivir,
prefiero mejor morir
que vivir ausente de ella.
¿Más, qué miro? ¿es ilusion
de mi ardiente fantasía?
No me engaño, es mi Sofía.

SOFÍA. (¡Santos cielos! el Baron.)

CANTO.

BARON.

En el pecho grabado,
mi dulce iman,
tu amor idolatrado
guardé leal.

SOFIA.

En el pecho grabado
bien pudo estar,
mas por siempre olvidado
ha de quedar.

BARON.

Por qué con tal desvio
huyes de mí?

SOFIA.

Porque el decoro mio
lo manda así.

BARON

Mi corazon ansioso
hieres con él.

SOFIA.

Soy de mi noble esposo
esposa fiel.

BARON.

Tu esposo? Cielo santo!
la ingrata me engañó!

SOFIA.

Conduélaos mi quebranto
y huid por compasion.

BARON.

Al que mísero ha vivido
siempre esclavo de su amor,

con el más ingrato olvido
la perjura le pagó.

SOFIA

La que mísera ha vivido
siempre esclava de su amor,
hoy al más completo olvido
dar ya debe su pasion.

BARON.

Di que no es cierto
lo que he escuchado,
que por burlarte
me has engañado.
Dí, luz del alma,
dí, por piedad,
que otro no es dueño
de tu beldad.

SOFIA.

Lo que os he dicho
es la verdad.

BARON.

Una palabra
de dulce amor.

SOFIA.

Lo impide altivo
mi limpio honor.

BARON.

Prenda adorada
luz de mi fé,
no de mi lado
huyas cruel.
Tuya es mi alma
tuyo mi amor:
porque te gozas
en mi dolor!

SOFÌA.

Al recordarme
su tierna fé,
siente mi alma
pena cruel.
Suya es mi vida,
suyo mi amor,
mas es primero
mi noble honor.

HABLADO.

SOFÍA. Dejadme por compasion.
pero no me maldigais.
BARON. ¿Esposa de otro?
SOFÍA. Lo quiso
mi desventura tenaz.
BARON. ¡No achaqueis á desventura
lo que perjurio será!
SOFÍA. Encarcelado mi padre,
reo de lesa magestad,
próximo á ser sentenciado
á la pena capital,
un magnate poderoso
me ofreció su libertad
si le otorgaba mi mano.
BARON. ¿Y vos?
SOFÍA. ¿Pude vacilar?
Cumplí como buena hija
con la obligacion filial.
BARON. ¡Hicísteis bien, y en el cielo
Dios justo os lo premiará!
Pero vuestro amor es mio,
vos no podeis olvidar...
SOFÍA. Lo pasado ha sido un sueño,

lo de hoy es la realidad.
Compadeced mi infortunio,
y olvidadme.

BARON. Eso jamás.
Mi amor vivirá aquí dentro
constante y fiel.

SOFÍA. Basta ya.
Si no os mueve su desgracia,
señor baron, respetad
á la condesa Golokfin
que siempre honrada será. (Váse.)

ESCENA. XI.

EL BARON.

¿La condesa de?... ¡Ese infame
dueño de hermosura tal!
Por eso mi alma le odiaba
con inextinguible afan.
No le basta del imperio
ser el opresor brutal,
sino que traidor me roba
mi eterna felicidad.
¿Qué tarda la rebelion
que no se siente estallar?
¡Oh! la sangre de mis venas
arde con llama voraz.
Y esa ingrata á quien adoro
se aleja sin escuchar...
Es fuerza que yo la hable,
que tenga de mí piedad,
ó que me arranque esta vida
que no puedo soportar.

ESCENA XII.

Dicho.—NICOLASA.

NICOLASA. ¿Pero dónde se ha metido
ese esposo montaraz
que no sale á recibir
á su querida mitad?
Ingrato, yo le prometo.....
Decid, señor oficial:
¿Habeis visto á mi marido?

BARON. ¿Y sé yo ¡voto á satán!
quién es ese afortunado?

NICOLASA. Pensaba...

BARON. Déjame en paz.

NICOLASA. Mi esposo es el postillon
que habita esta granja.

BARON. ¡Ah!
¿Tú eres?...

NICOLASA. Mujer de Cornelio.

BARON. Ahora recuerdo... ¿y estás
al inmediato servicio
de la condesa?...

NICOLASA. Es verdad.

BARON. (Si esta muchacha quisiera
mis intentos ayudar...)
¿Sabes que eres muy hermosa?

NICOLASA. Gracias, señor oficial.

BARON. Y que deseo pedirte...

NICOLASA. (¡Ay Dios! ¿qué me pedirá?)

BARON. Un favor del que depende
mi vida tal vez.

NICOLASA. Hablad,
que como en mi mano esté,

yo os juro...

BARON. En tu mano está;
como este lleno bolsillo
que te ofrezco.

NICOLASA. Perdonad,
yo no lo debo admitir,
sin saber...

BARON. Es racional.
Pues pretendo que le digas
á tu señora...

NICOLASA. Acabad.

BARON. Que quiero hablarla un momento
en secreto.

NICOLASA. ¡Por San Juan!
tal proposicion á mí,
que soy la que ha de velar...

BARON. Doblo la suma.

NICOLASA. Imposible.

BARON. Triplico la cantidad.

NICOLASA. Os repito que... supongo
que vuestras miras serán
honestas.

BARON. Te lo aseguro.

NICOLASA. En tal caso, si no es más
que una entrevista inocente...
Claro... ¿quién se ha de negar?...
(Tomando el bolsillo.)
Y no penseis que lo hago
por el interés.

BARON. ¡No, quiá!

NICOLASA. Decís las cosas de un modo
tan demostrativo y tan...
Lo que importa es que lo ignore
el señor conde. Es capaz
de fusilarnos á todos,

y de llevar su crueldad
hasta mi pobre marido,
en quien suele castigar
las faltas que yo cometo.
Eso es una iniquidad.

BARON. Toma el resto de la suma,
y mis brazos además.

NICOLASA. Eso no entró en el convenio.

BARON. Un abrazo de amistad,
de gratitud...

NICOLASA. Dicè bien.
Un abrazo venial...
¿Quién se niega?...

BARON. (Abrazándola.) Que no olvides
tu comision.

NICOLASA. Descuidad.

ESCENA XIII.

Dichos.—CORNELIO.—EL CONDE.

CORNELIO. (Ya están los caballos... ¡Cuerno!
mi mujer y el militar
abrazados!)

CONDE. ¡Bien por Dios!

NICOLASA. (¡Mi esposo!)

BARON. (El Conde.)

NICOLASA. (Aparte al baron.) Soltad.

CONDE. ¿Es así como cumplís
la ordenanza y la moral?

BARON. (¡Vive Dios!)

CONDE. Sin que os detenga
lo sagrado del lugar
en que una princesa augusta
reside, tan criminal

osadía cometer!

CORNELIO. (Ya estoy temblando.)

CONDE. ¡Abrazar
á una mujer, y casada!

CORNELIO. (Conmigo.)

NICOLASA. Disimulad:
es que este señor y yo
nos conocemos há ya
muchos años.

BARON. En efecto,

NICOLASA. Y en nuestra primera edad
fuimos juntos á la escuela.

CORNELIO. (A la escuela!... á no dudar
han jugado al escondite.)

NICOLASA. Mi esposo os confirmará...

CORNELIO. (¡Se ha visto mayor descaro!)
Yo...

CONDE. Tú por autorizar
contra las buenas costumbres
semejante liviandad...

CORNELIO. (Ya pareció aquello.)

CONDE. ¡Al punto
treinta palos sufrirás.

NICOLASA. ¡Eh!...

CORNELIO. Pues, tras de!...

BARON. Señor conde,
esa es una iniquidad.

CONDE. Es un acto de justicia
que no os toca murmurar.
Y en cuanto á vos...

BARON. Si quereis
con déspota autoridad
fusilarme, hacedlo pronto;
pero eso no os librará
de que os llame miserable

y cobarde.

CONDE. Tal desman
á mi persona!.. ¡Hola! ¡guardias!

CORNELIO. (Me libré de este rival,
mañana le cuelgan.)

CONDE. Pronto.

ESCENA XIV.

Dichos.—OFICIALES Y SOLDADOS.

MÚSICA.

BARON.

Llamad al mundo entero,
el mundo entero oirá
que sois un miserable.

NICOLASA.

Callad por Dios, callad.

CONDE.

Aqueste deslenguado
al punto desarmad.

BARON.

Aquel que á tal se atreva
la muerte encontrará.

ESCENA XV.

Dichos.—RIELOF.—LA PRINCESA.—SOFIA.

PRINCESA.

Quién de este sitio
turba el sosiego?

CONDE.

El que al verdugo
dará su cuello.

PRINCESA.

(Es él!)

SOFIA.

(Qué escucho!)

RIELOF.

(Ira del cielo!
Algun dislate
hizo el mancebo.)

PRINCESA.

(Palpita á su vista
mi fiel corazon,
que teme descubran
su tímido amor.)

SOFIA.

(Palpita mi pecho
con hondo temor,
que acaso su falta
será por mi amor.)

RIELOF.

(Respira mi pecho
con hondo temor,
que acaso el mancebo
locuaz nos vendió.)

CONDE.

(La muerte tan solo
podrá, vive Dios!
purgar del menguado
el crímen atroz.)

BARON.

(Qué importa á mi pecho
la muerte feroz,

si el pecho no puede
vivir sin su amor.)

NICOLASA.

(Mi pobre marido
que en nada faltó,
las iras escita
del conde feroz.)

CORNELIO.

(El bollo sabroso
se comen los dos,
y á mí el señor conde
me dá el coscorron.)

CORO.

(Si loco el mancebo
al conde faltó
será su castigo
tremendo y veloz.)

PRINCESA.

(Si, como juzgo, es leve
la falta del baron,
del generoso conde
impetro su perdon!)

BARON. (Aparte á la Princesa.)

Rendido os agradezco
tan singular favor
y un trono aquí en el alma...

PRINCESA. (Idem al Baron.)

Callad por compasion.

CONDE.

Faltóme audaz y osado.

PRINCESA.

Ofensas olvidad,
lo pide la princesa,
lo ruega su amistad.

CONDE.

Humilde esclavo vuestro
mi ley es vuestra voz.
(La doy por satisfecha
pero al olvido no.)

RIELOF. (Aparte al Baron.)

(Desde hoy constante blanco
sereis de su rencor.

CORNELIO.

(En resumidas cuentas
la víctima soy yo.)

GONDE.

Si vuestra alteza
quiere marchar,
todo al efecto
dispuesto está.

PRINCESA.

Vamos al punto.
(Al Baron.)
Adios quedad,
aunque la ausencia
corta será.

BARON.

Beso las plantas...

SOFIA.

Adios quedad.

BARON.

(Toda mi alma
con ella va.)

CONDE.

Que el regimiento
sin más tardar,
deje mañana
la capital.

RIELOF. (Aparte al Baron.)

Con tales bellas
lástima dá
dejar tan pronto
la capital.

BARON.

No, ¡vive el cielo!

RIELOF.

Adios quedad.

ESCENA XVI.

BARON Y OFICIALES.

BARON.

De la pátria es baldon ese conde.
compañeros, no más vacilar:
maldicion y exterminio al tirano
como buenos conmigo jurad.

CORO.

Maldicion y exterminio al tirano
como buenos debemos jurar.
¿Mas cuál es la bandera
que alzamos en la lid?

BARON.

La de Isabel primera
de Rusia emperatriz.

CORO.

Viva Isabel primera
de Rusia emperatriz.

BARON.

Lo manda el honor
sigilo y valor.
Noble entusiasmo

mi pecho inflama,
y en santa llama
lo siento arder.
De Pedro el Grande
la excelsa gloria
de la victoria
nos dá el laurel.

CORO. (Sacando las espadas.)

Noble entusiasmo
el pecho inflama
y en santa llama
se siente arder.
De Pedro el Grande
la excelsa gloria
de la victoria
nos dá el laurel.

BARON.

¡Viva Isabel!

CORO.

¡Viva Isabel!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de palacio con tres grandes arcos en el fondo, que dejan ver otro salon.—Puertas laterales.—Sillones.- Espejos.—Arañas etc.—Al levantar el telon aparecen bailando multitud de parejas en el segundo salon, y en el primero cantando caballeros, damas con trajes de máscaras, y oficiales.—Varios lacayos recorren los salones con bandejas, ofreciendo ponches, dulces y helados.

ESCENA PRIMERA.

CABALLEROS.—DAMAS.—OFICIALES. y PAREJAS DE BAILE.

MÚSICA.

CORO.

Venid, hermosas,
al baile entremos
y no pensemos
en descansar.
Giremos todos
sin rumbo fijo

y el regocijo
venza al pesar
Que si en la vida
todo es martirio,
todo delirio,
todo ilusion,
la amena danza
destierra el duelo
y el desconsuelo
del corazon.

OFICIALES.

Astucia y disimulo,
prudencia y decision
y el belicoso anhelo
oculte el corazon.
Tropa, gefes y oficiales
decididos y leales
con ardor marcial esperan
la señal de pelear.
Al rayar el nuevo dia
la ominosa tiranía
para siempre exterminada
nuestra espada dejará.
Astucia y disimulo, etc.

(Vanse.)

CORO.

Venid, hermosa, etc.

(Vanse.)

ESCENA II.

LA PRINCESA.—SOFIA. (Con dominós negros.)

HABLADO.

PRINCESA El baile, la mascarada,
los acordes de la orquesta.

la bulla, la animacion...
todo me halaga y recrea.

SOFÍA. A mí me place tambien,
porque halaga á Vuestra Alteza.

PRINCESA. Si hubiérais estado presa
como yo dos largos años
en Novogorod...

SOFÍA. (Hubiera
sido más feliz.)

PRINCESA. Sin ver
entre su constante niebla
más que á mi sombrío médico,
y sin tener otra amena
distraccion, que contemplar
su campiña árida y seca,
ó ver desde mis balcones,
gracias á la complacencia
del coronel, maniobrar
con precision y destreza
al regimiento que daba
la guarnicion, esta fiesta
os pareciera sin duda
el paraiso en la tierra.

SOFÍA. Fiesta, en cuya brillantez
se ha esmerado la regencia
por vos.

PRINCESA. Pues se lo agradezco;
y es suficiente esa prueba
de afecto, para que yo
me reconcilie con ella.
Libres con estos disfraces
de la enfadosa etiqueta
de la corte, giraremos
por esas salas inmensas,
disfrutando la ventura

de su alegre concurrencia,
que es distinguida y brillante.

SOFÍA. Lo mejor de la nobleza.

PRINCESA. Y de las armas.

SOFÍA. Sin duda.

PRINCESA. Y vos dais la preferencia
á las últimas.

SOFÍA. No entiendo...

PRINCESA. ¡Oh! Si mi vista no yerra,
algun bravo coronel
ha seguido nuestra huella.

SOFÍA. (¡Cielos! ¿Si habrá sospechado?)
Do alumbra de vuestra alteza
el claro sol, no es posible
que brille ninguna estrella.
Además, el coronel
de seguro no sospecha
quiénes somos...

PRINCESA. Ciertamente,
pues ni una frase siquiera
nos dirigió. Lo que creo
es, que su mirada inquieta
algun objeto buscaba
con amorosa insistencia.
¿No vísteis?...

SOFÍA. No reparé...

PRINCESA. Si otra vez se nos acerca,
habladle, y le embromaremos
veladas con la careta.

SOFÍA. (Dios me libre.)

ESCENA III.

Dichas.—NICOLASA.—CORNELIO.

(Este en trage de lacayo con una bandeja con copas de ponche.)

NICOLASA. (Aparte á Sofía.) Señorita.
PRINCESA. (Poniéndose la careta.)
¿Eh?.. ¿quién es?
SOFÍA. (Idem.) Es mi doncella.
NICOLASA. (Aparte á Sofía.)
El Baron me ha conocido,
y me persigue y asedia,
con el fin de que le diga
que trage lleva vuecencia.
SOFÍA. (Aparte á Nicolasa.)
Guárdate bien de decirlo.
NICOLASA. (Ya es tarde.)
CORNELIO. (¿Quién será esta
mascarita que me mira?...
Ella no dice una letra
mas se tira cada trinquis...)
SOFÍA. ¿Sabe tu esposo?.. (Aparte á Nicolasa.)
NICOLASA (Idem á Sofía.) No, piensa
que tanto vos como yo
dormimos á pierna suelta.
SOFÍA. (Aparte.)
Bien.
CORNELIO. (Héme aquí convertido,
merced á la órden suprema
de mi señor, en lacayo,
con el salario de treinta
palos que ayer me ofreció,
y hoy me han dado en su presencia

para mejor amoldarme
los lomos á esta librea.)

PRINCESA. Volvámonos al salon.

CONDESA (A la Princesa y Sofía que rehusan.)
Si gustais... (Mirando á Nicolaso.)
(Que ojillos me echa.)

ESCENA IV.

Dichos.—RIELOF.

PRINCESA. (á Rielof.)
Hola, ¿tambien Esculapio
á Terpsícore festeja?
Me alegro.

RIELOF. Os buscaba.

PRINCESA. ¿A mí?
¿Sabes quién soy?

RIELOF. (Aparte á la Princesa.) Vuestra alteza
procura en vano ocultar
lo que sus gracias revelan.

PRINCESA. (Aparte.)
Lisongero está el doctor.

RIELOF. (Idem)
Quisiera, augusta Princesa,
que os dignáseis concederme
cinco minutos de andiencia.

PRINCESA. (Idem.)
¿Audiencia en estos momentos?
Escusadme esa tarea;
ahora es oy muy ocupada.

RIELOF. (Idem) (Es que en ello se interesa
la vida de mil valientes,
señora, y quizá la vuestra.

PRINCESA. Me asustais.
RIELOF. Cinco minutos.
PRINCESA. Si el caso es de tal urgencia...
(A Sofía.)
Aguardadme en el salon
de retratos.
SOFÍA. Bien, alteza.
CORNELIO. (A Nicolasa, ofreciéndola de beber.)
Si sois servida... (Nicolasa bebe.)
(Y van ocho.
La ofreceré la novena.) (Vánse por el foro.)

ESCENA V.

LA PRINCESA.—RIELOF.

PRINCESA. Hablad, pues: ¿qué solicita
vuestra voz con tal premura?
RIELOF. El sosiego y la ventura
de la nacion moscovita.
PRINCESA. ¿Otra vez?
RIELOF. A mi pesar
en ello debo insistir.
PRINCESA. ¿Pero cómo he de decir,
que no quiero conspirar?
RIELOF. Y si otros más decididos
acometieron la empresa,
y por vos, noble princesa,
se encuentran comprometidos?
PRINCESA. Puesto que sin mi anuencia
quieren promover el cisma,
si sé quienes son, yo misma
los delato á la regencia.
RIELOF. Bien, delatad sin tardanza
al bravo ejército, al clero,

al esclavo, al pueblo entero
que en vos cifra su esperanza,
Delatad á la nobleza
alma de la rebelion,
y en fin, al bravo Baron
de Azof, que está á la cabeza.

PRINCESA. ¿Él?

RIELOF. Es quien el férreo yugo
quiere romper con más brio.

PRINCESA. Si lo descubren... ¡Dios mio!

RIELOF. Dará su vida al verdugo.
Mas, ¿qué importa?

PRINCESA. ¡Pese á mí!
¿No importa? ¡suerte traidora!
cuando le am...

RIELOF. Seguid, señora:
cuando le amais, no es así?

PRINCESA. Yo no he dicho ..

RIELOF. Es la de amor
tan conocida dolencia,
que no se oculta á la ciencia
del más inhábil doctor.

PRINCESA. ¡Oh! pero él no sabe nada!
mi pecho supo guardar...

RIELOF. ¿Cómo pudiera soñar
dicha tan inesperada?
Aunque él se abrase en la llama
del propio amor...

PRINCESA. Acabad.
¿Os ha dicho?

RIELOF. No en verdad.
Pero solo el que bien ama
se lanza con tal ardor
y el primero en la intentona,
para ceñir la corona

al objeto de su amor.
A su voz se alzarán mil
y mil brazos acerados.

PRINCESA. Y arderá en nuestros Estados
la horrible guerra civil,
y la sangre generosa
por mí se derramará,
y mi ambicion llorará
la madre, el hijo, la esposa.
¡Oh! ¡jamás!

RIELOF. Pues bien, Princesa,
esa fatal negativa
de vuestro apoyo les priva,
mas no ceden en su empresa
los que juraron su suerte
y dejais en tal apuro:
con vos, su triunfo es seguro;
sin vos, segura su muerte!
Escoged.

PRINCESA. Esto es horrible.

RIELOF. Ó aceptar la rebelion,
ó ver morir al Baron.
Retroceder no es posible.

PRINCESA. ¿Por qué el destino cruel
siempre así me persiguió?
Y bien, ¿qué debo hacer yo?

R F. Rubricar este papel.

PRINCESA. Un manifiesto en mi nombre...

RIELOF. Al leerlo, con buen criterio,
se levantará el imperio
lo mismo que un solo hombre.

PRINCESA. Y reinaré, bien está,
y ante el trono y su esplendor
tendrá que morir mi amor.

RIELOF. Señora, ¿y quién se opondrá

cuando la victoria ufana
orne vuestra altiva frente,
á que escoja libremente
esposo su soberana?

PRINCESA. ¿Es cierto?

RIELOF. Pero estampad
ahí vuestro nombre preclaro.

PRINCESA. ¡Dios mio! dáme tu amparo.

RIELOF. Os lo dará.

PRINCESA. Aquí aguardad.
Al firmar este papel
dicha y vida comprometo.

RIELOF. Firma su primer decreto
la emperatriz Isabel.
(Váse la princesa.)

ESCENA VI.

RIELOF.—Despues el BARON.

La vida y el porvenir
de esta infelice nacion
pendiente de los azares
de un desatinado amor.
Firmará? no estoy seguro:
es tal su irresolucion
en todo, que no es extraño
que desista á lo mejor...
y entonces, cómo lograr.....

BARON. Aquí estais? Gracias á Dios.
Os buscaba.

RIELOF. Ya me tiene
á su órden el buen Baron.

BARON. ¿Qué hay?

RIELOF. ¿De qué?

BARON. De qué ha de ser?
Por do quier cunde la voz
de que la ilustre Princesa
de su marasmo salió,
y sus derechos al trono
reclama con decision.
RIELOF. ¿Eso dicen?
BARON. Y eso esperan
los que con noble valor
quieren sacudir el yugo
de la tirana opresion.
RIELOF. Y segun os explicais
uno de ellos lo sois vos.
BARON. Decidido... invariable,
y á seguir mi inspiracion,
ya hubieran dado mis tropas
ejemplo...
RIELOF. Impaciente sois.
BARON. Cierto, pero mi impaciencia
tiene una justa razon.
Por el tirano mandato
de ese ministro opresor
marcho con mi regimiento
mañana al salir el sol.
Conque... ya veis... si esta noche
no estalla la rebelion...
Vos sabreis algo, decid:
¿es verdadero el rumor
de que su alteza?..
RIELOF. Tal vez...
BARON. Pues triunfamos, ¡vive Dios!
Los húsares de Kremlin,
el bàtallon de Moscou,
mi regimiento... en fin, todos
no esperan más que su voz...

RIELOF. Todos?.. Juzgais que el gobierno
no encontrará á su favor
un soldado?
BARON. Los cosacos
y algun otro batallon.....
Con eso será el combate
sangriento y aterrador.
Para el que la cruda muerte
busca por toda ambicion.
RIELOF. Tan desesperado estais?
BARON. Estoy loco, que es peor.
RIELOF. Hablad.
BARON. La sola muger
que adoró mi corazon,
la encuentro esposa de otro.
¿Comprendeis ya mi dolor?
RIELOF. Si es la muger una cruz
y otro con ella cargó,
mereceis la enhorabuena
más bien que la compasion.
BARON. Vos no entendeis... desposada,
esto acrece mi furor,
con ese cobarde conde
de Golofkin.
RIELOF. (¡Voto á brios!)
¿vos amais á la condesa?
BARON. Con acendrada pasion
y solo he venido al baile
á darla el último adios.
RIELOF. (Y quién sabe si á vender
cegado por ese amor,
el secreto que requiere
tan grave conjuracion.)
BARON. ¿Comprendeis ya mi martirio?
RIELOF. ¡Oh! sí, debe ser atroz.

¿Y la habeis visto?

BARON. He corrido
un salon y otro salon
sin hallarla. Su doncella
señas del trage me dió.....

RIELOF. (Es necesario impedir
que este mancebo hablador...)

BARON. Pero por más que he mirado.....
¡Cielo santo! un dominó
con lazo encarnado... es ella.

RIELOF. (¿La Princesa?..)

BARON. Por favor
dejadme solo un instante.

RIELOF. (Ya caigo, visten las dos
trages iguales.) Os dejo.
Habladla de vuestro amor,
del obstáculo invencible
con que el hado os separó...

BARON. Si, sí.

RIELOF. Mas ni una pregunta,
ni un gesto, ni una expresion
que dé á entender quién es ella.

BARON. Bien.

RIELOF. Se trata de su honor,
y hasta las paredes oyen
en esta régia mansion.

BARON. Perded cuidado.

RIELOF. Ya llega:
que no olvideis...

BARON. No, doctor. (Váse Rielof.)

ESCENA VII.

EL BARON.—LA PRINCESA con careta.

BARON. (La sangre al sentir sus pasos
afluye á mi corazon.)
PRINCESA. (Es una tea incendiaria
lo que mi mano firmó.
¡Cielos! ¡él aquí!.. A su vista
siento tan dulce emocion...)

MÚSICA.

BARON.

(La pena cruel,
las ansias de amor,
detienen mi aliento,
embargan mi voz.)

PRINCESA.

(El grato placer,
el vivo rubor,
detienen mi aliento,
embargan mi voz.)

BARON.

La luz de vuestros ojos
al fin consigo ver.

PRINCESA.

¿A qué tanta lisonja
si no me conoceis?

BARON.

Sois la que al pecho mio
aliento y vida dá.

PRINCESA.

Tal vez no digais eso
en viéndome la faz.

BARON.

Vuestra faz encantadora
grabada aquí,
la esperanza fué, señora,
de mi existir.
Pero el destino
sañudo alzó
inmenso muro
entre los dos.

PRINCESA.

Su mirada abrasadora
fué para mí
la esperanza seductora
de mi existir.
Pero el destino
sañudo alzó
espeso muro
entre los dos.

BARON.

El triste adios postrero
mi labio os viene á dar.
Por vos busco la muerte.

PRINCESA.

Callad, Baron, callad.

BARON.

Perdida la esperanza,
morir quiere mi amor.

PRINCESA.

Jamás amor constante
tan dulce bien perdió.

BARON..

Qué escucho?.. Santo cielo!
hablad por compasion.

PRINCESA.

Responda por mi labio
mi extraña turbacion.

BARON.

Del alma mia
la pura fé
aqui por siempre
os consagré.
Y hoy de esos ojos
esclavo fiel
por vuestra dicha
morir sabré!

PRINCESA.

Por tal tesoro
de amor y fé
desprecio altiva
cetro y dosel.
Al fin del mundo
le seguiré,
y allí sus ojos
serán mi eden.

HABLADO.

BARON. Señora, nada temais:
mi infortunada pasion
pronto tendrá en el sepulcro
reposo consolador.

PRINCESA. Ya sé que buscais el riesgo
con heróico teson.

BARON. ¿Qué decís?

PRINCESA. Y si en la lucha
tambien tomo parte yo,
es por salvar vuestra vida,
ó para morir con vos.

BARON. No comprendo... ¿Vos sabeis?..
PRINCESA. Soy de la conspiracion.
BARON. (¡Qué oigo!)
PRINCESA. Dicen que mi nombre
es útil para el complot,
y lo doy.
BARON. (¡Conspirar ella
contra el Conde!.. pues señor,
digo que el que la ha ganado
es conspirador de pró.)
PRINCESA. La causa es santa y legítima,
pero os juro sin ficcion,
que aún supuesta la victoria
la lucha me causa horror.
BARON. No temais, todo el imperio
seguirá nuestro pendon.
PRINCESA. Si nos vencen, el cadalso;
y si vencemos, Baron,
¿no pensais que con el triunfo
nada gana nuestro amor?
BARON. En efecto, y yo que antes
ansiaba la rebelion,
ya la temo, por si en ella
pudiérais peligrar vos.
PRINCESA. Pues desistamos entrambos
de ese intento precursor
de tanto mal.
BARON. Si desisto
salgo sin más remision
para Smolenk.
PRINCESA. ¿Y qué importa?
Yo interpondré mi favor...
BARON. ¿Y mi palabra empeñada?
PRINCESA. ¿Y mis ruegos?
BARON. A esa voz

no sé si tendrá firmeza
mi abrasado corazon.

PRINCESA. Silencio. Se acerca gente.

BARON. ¡Es el Conde!

PRINCESA. No hay temor:
desconoce mi disfraz.

BARON. ¿Pero si sospecha?...

PRINCESA. No.
Dadme sin cuidado el brazo,
y llevadme hasta el salon.

ESCENA VIII.

Dichos, el CONDE: despues RIELOF.

CONDE. (Mirando al Baron y la Princesa que se van por el fondo.)
Hé aquí de este coronel
la ocupacion favorita:
para él son los galanteos
primero que la milicia.

RIELOF. (Entrando, y aparte á la Princesa.)
¿Firmásteis?

PRINCESA. (Id. á Rielof.) Ya os hablaré. (Vase con el Baron.)

RIELOF. (¿Vacilará todavía?)

ESCENA IX.

EL CONDE.—RIELOF.

CONDE. ¿Tambien el sábio doctor
sus aforismos olvida,
para disfrutar del baile
la bulliciosa alegria?

RIELOF. Como el poderoso conde
dá treguas á la política,

para admirar las bellezas
que se escapan de su vista.

CONDE. Cierto, miraba al Baron
con esa pareja linda.

RIELOF. ¿La conoceis?

CONDE. No á mi fé.
Sin duda es la peregrina
beldad, por la que ese mozo,
segun llegó á mis noticias,
siente abandonar la corte,
y se revuelve y se agita,
para promover trastornos
que lo lleven á su ruina.

RIELOF. ¡Por Cristo! será verdad
que hay quien la intencion abriga
de turbar la paz?

CONDE. Lo dicen
y la regencia vigila.

RIELOF. Cuentos de alguno que quiere
con ellos ganar albricias.
Si todos los conjurados
que figuran en la lista,
son como el baron de Asof,
ya puede dormir tranquila
la regencia. Los que aman,
señor Conde, no conspiran;
y menos cuando los ídolos
que ha de derribar su ira,
con la mujer que idolatran
su suerte tienen unida.

CONDE. Doctor, de esa reticencia
quiero aclaracion explícita,
y os suplico...

RIELOF. Si quereis
descifrar bien el enigma,

recordad la infausta historia
de cierta jóven lindísima,
que al dar su mano á un magnate
salvó á su padre la vida...

CONDE. Acabad.

RIELOF. Y si añadis
que la desdichada víctima
amaba con toda el alma
al coronel, facilísima
es la solucion.

CONDE. ¡Mil rayos
contra esa lengua precita!

RIELOF. (Así de los dos amantes
estorbará la entrevista,
y lo que es por esta noche
de los otros no se cuida.)

CONDE. Pero necesito pruebas
de semejante perfidia.

RIELOF. ¿Pruebas? A vos solo incumben.

CONDE. ¡Oh! Las tendré positivas
y mi venganza será
mayor que su alevosía.

RIELOF. Pero tomadlo con calma:
si la cólera os domina,
dareis á entender á todos
vuestra celosa porfía,
y los celos, señor Conde,
son, mi amistad os lo afirma,
cuando invaden á un ministro
la enfermedad más ridícula. (Vase.)

ESCENA X.

EL CONDE.—Despues CORNELIO.

CONDE. Al entrar yo en esta estancia
la dama que en ella habia
y el coronel se marcharon
como huyendo de mi vista...
CORNELIO. (¡Cielos! quisiera estar ciego:
la taimada mascarita
de los trinquis, es mi esposa.
Allí está la muy ladina
sin antifaz, mano á mano...)
CONDE. (De qué medio me valdria
para... (Viendo á Cornelio.) tal vez...) Ven aquí.
CORNELIO. (Ya me gané otra paliza.)
CONDE. Cuenta con decir verdad,
si en algo tu vida estimas.
Tu esposa, ¿ha venido al baile?
CORNELIO. No, señor; mi mujercita
no gusta de...
CONDE. No ha venido
faltando á mis repetidas
órdenes de acompañar
á su ama por noche y dia?
CORNELIO. ¡Ah! sí, señor; ha venido.
(Este hombre me destornilla.)
CONDE. ¿Te burlas de mí, villano?
CORNELIO. Os juro por las benditas
Animas, que hace un momento
la ví en la sala contígua
tan formal y tan modosa...
(La voy á desollar viva.)
CONDE. ¿Y has visto al Baron de Asof?

CORNELIO. Aún os dura esa manía?
El Baron tiene otras damas
encopetadas y ricas
y no piensa...
CONDE. ¿Quiénes son?
Tu consorte, que es muy lista,
sabrá sin duda sus nombres,
y te habrá dado noticias...
CORNELIO. Ella no me ha dicho nada;
pero yo que tengo vista...
(Dios mio! ¿qué le diré
para librar mis costillas?)
He observado...
CONDE. ¿Y bien?
CORNELIO. Que habló
el Baron horas seguidas
con una elegante dama.
CONDE. ¿De dominó negro?
CORNELIO. (¡Albricias!)
CONDE. ¿Con lazo encarnado?
CORNELIO. Justo.
CONDE. (¡Vive Dios!)
CORNELIO. Y él la decia...
CONDE. ¿Los escuchaste?
CORNELIO. ¿Pues no?
Sin perderles ni una sílaba.
El la preguntaba: «¿y cuándo?»
lanzando sus ojos chispas.
Y ella replicaba: «¿y cómo?»
mirándole enternecida.
Y él la... y ella le... y no sé
en qué paró la entrevista.
CONDE. (Eso no aclara.) Oye atento.
Tu mujer, que tiene chispa
y andará por los salones

oyendo chistes y epígramas,
sabrá quién es esa dama.

CORNELIO. Señor, si la pobrecita
no se habrá alejado un punto
de vuestra esposa.

CONDE. Examínala;
y si de aquí á media hora
no me prestas inequívoca
declaracion de quién es
la máscara consabida,
cien palos te mando dar
antes de que alumbre el dia. (Vase.

ESCENA XI.

CORNELIO.

Pero, señor, advertid...
Se va echando chirivitas.
Antes de que salga el sol,
si no cumplo la consigna,
me dan cien palos, y treinta
que ha recibido mi espina
dorsal al anochecer,
son ciento, y... ¡noche magnífica!

MÚSICA.

Cuando se divierte
mi cara mitad,
sufro yo el castigo
de su liviandad.
Qué grato placer!
qué felicidad!
En todo pueblo

civilizado,
hay más franquicias
para el casado.
Si la esposa coquetea
y un doncel la galantea,
por atento, y por sufrido
el mimado es el marido.
Pero aquí
¡ay de mí!
tras de ser ellos los malos
yo soy quien lleva los palos.
Alza! morena,
anda! chiquita,
vengan más penas,
y más palizas.
Viva la gracia
¡oh qué placer!
pues digo que Dios
me ha venido á ver
haciéndome esposo
de tal mujer.
Alza! morena, etc.
(Vase.)

ESCENA XII.

RIELOF.—Despues la PRINCESA.

RIELOF. Que la espere aquí me manda
la princesa, y por mi nombre
temiendo estoy que su miedo
nuestros proyectos malogre.
Allí viene.
PRINCESA. ¿Estais aquí?
RIELOF. Esperando vuestras órdenes.
¿Firmásteis?

PRINCESA. Sí; ya mi mano
á vuestras instancias dócil
rubricó, pero es inútil...
RIELOF. ¿Qué decís?
PRINCESA. Que mis temores
se han disipado.
RIELOF. No entiendo...
PRINCESA. Que el Baron, cediendo noble
á mis súplicas, desiste
de su empeño...
RIELOF. (¡Por San Jorge!)
PRINCESA. Y renuncia á tomar parte
en la revuelta.
RIELOF. ¿Y tal óbice
podrá impedir?..
PRINCESA. Lo confieso.
Su amor era el solo móvil
que á ese plan me conducia;
pero ya que á mis razones
cediendo el Baron se aparta
de esa lid, no he de ser cómplice
de revueltas y trastornos
que al imperio la paz roben.
RIELOF. Pero advertid...
PRINCESA. ¡Por piedad!...
Cuando en dulces emociones
se agita mi amante pecho...
RIELOF. El patriotismo os impone...
PRINCESA. Basta, doctor, y entended
que no sufro preceptores. (Váse.)

ESCENA XIII.

RIELOF.—Despues el BARON.

RIELOF. Con razon desconfiaba
de ese carácter que acorde
está solo con lo excéntrico
de sus soñados amores.
¿Y qué hacer? Sin esa firma
mis amigos no se exponen...
Es necesario obtenerla
aunque el mundo se desplome.
BARON. ¡Ah, doctor! ¡Cuán feliz soy!
RIELOF. (Pensar que por este hombre
vá á malograrse...) ¿De veras?
Yo celebro vuestros goces,
y sentiré que se nuble
ese plácido horizonte.
BARON. Ella me ama.
RIELOF. Ya lo sé.
BARON. ¿Vos?
RIELOF. Sí, yo; tambien el Conde.
BARON. ¿Qué decís?
RIELOF. Que en mi concepto
el demonio lo dispone,
y al rayar el nuevo dia
quizá no esteis ya en la córte.
BARON. No os comprendo.
RIELOF. Pues bien claro
mi lábio os dá pormenores...
BARON. Señor doctor, os burlais?
RIELOF. Os lo juro por mi nombre.
BARON. ¿Sabe el Conde?..
RIELOF. Que su esposa

habló con vos esta noche,
y que tierna os adoraba
antes de ser su consorte.

BARON. Y ella que se prometia
lograr de su mismo cónyuge...

RIELOF. Ya veis cómo fueron humo
vuestras dulces ilusiones.

BARON. Y como en nada repara
ese aborrecido Conde...

RIELOF. Tendreis para la Siberia
estendido el pasaporte;
no lo dudeis.

BARON. (¡Vive el cielo!)
Y yo que cobarde y torpe
prometí no tomar parte
en la rebelion...

RIELOF. Entonces
cerrásteis la única puerta
para escapar de ese cómitre.

BARON. Si hablar pudiera á Sofía
otra vez...

RIELOF. No estoy conforme:
eso fuera escitar más
de su esposo los furores.
Pero podeis escribirla.

BARON. Teneis razon.

RIELOF. Dos renglones,
en que solo la digais,
que por causas ulteriores,
de nuevo estais decidido...

BARON. A que en esta misma noche
ó me fusile él á mí
ó yo al ministro derroque.

RIELOF. Justo, pues no os detengais:
las horas corren veloces.

BARON. Mas ¿quién la dará el billete?
RIELOF. Cualquiera, que eso no estorbe...
BARON. Su doncella, que andará
por uno de esos salones.
RIELOF. Bien, en ese gabinete
hay escritorio.
BARON. A galope...
RIELOF. Mientras que vos escribís...
BARON. Vais en busca de esa jóven.
RIELOF. Escribid, que lo demás,
Baron, á mi cargo corre.
(Váse el Baron.)

ESCENA XIV.

RIELOF. — EL CONDE.

RIELOF. (Al salir.) (El Conde! Dios me lo envia
en su infinito saber.)
CONDE. Doctor, celebro encontraros.
RIELOF. Señor Conde, disponed...
CONDE. Hace poco despertásteis
en mí sospecha cruel,
y necesito de vos
franca esplicacion...
RIELOF. ¿De qué?
CONDE. Quien el honor de una dama
en duda llega á poner,
es necesario que pruebe
su aseveracion.
RIELOF. ¡Pardiez!
Ved que yo no he puesto en duda...
Si una historia os recordé,
y jugais en esa historia
algun principal papel...

CONDE. Saber quiero el desenlace.
RIELOF. Pues si lo quereis saber
quizá en esta propia estancia,
y muy en breve tal vez,
de la enredada madeja
podais el hilo cojer. (Váse.)

ESCENA XV.

EL CONDE.

Esas palabras agolpan
toda la sangre á mi sien.
¿Es decir, que la honra mia
esa traidora mujer
ha puesto con su perjurio
de todo el mundo á merced?
Con mil vidas que tuviera
no lo pagara la infiel.
La doncella se dirige
hácia este sitio. ¡Pardiez!
si viene á esplorar el campo
conviene que libre esté.
(Váse por la puerta derecha.)

ESCENA XVI.

NICOLASA: despues EL BARON.

NICOLASA. No hay nadie... y ese doctor
me hace que á todo correr...
¡ah!
BARON. ¿Estás aquí? Lo agradezco
eres la chica más fiel...
NICOLASA. Me han dicho que me esperábais.

BARON. Cierto; para que le des
esta carta á la condesa.
NICOLASA. Señor Baron, comprended
que yo arriesgo...
BARON. A tu amistad
apelo la última vez.
NICOLASA. Pero si lo sabe el amo...
BARON. ¿Y cómo lo ha de saber?...
Busca al punto á tu señora,
y cuenta que ese papel
puede costarme la vida,
si otro lo llega á leer.
NICOLASA. ¿Y cómo la encuentro ahora
entre esa inmensa Babel...
Lo mejor será, aguardarla
aquí mismo: ya sabeis
que al dar el reló las doce
todo el alegre tropel,
vendrá á quitarse la máscara...
BARON. ¡Oh! sí, yo tambien vendré
á estasiarme en la sonrisa
de la que alienta mi sér. (Vase.)

ESCENA XVII.

NICOLASA: despues EL CONDE.

NICOLASA. Por supuesto, bien mirado,
yo no estoy obrando bien,
y si mi señor lo entiende,
atroz castigo tendré
por mi flaqueza... ¡Ay!
CONDE. (Que la ha cogido por el brazo antes de ser visto.)
Silencio.
NICOLASA. ¡Señor!...

CONDE. Dáme ese papel.
NICOLASA. ¿Cuál?... yo no tengo...
CONDE. Si tardas,
vas á morir á mis pies.
NICOLASA. Pero...
CONDE. ¡Vive Dios!
NICLASA. Tomad.
CONDE. Entra en ese cuarto, y ten
presente que sin mi orden
no debes moverte de él.

ESCENA XVIII.

EL CONDE.

El padron de mi ignominia
mis ojos van á leer.
¿Qué miro? ¡Viven los cielos!
Que el atrevido doncel
me depara una ventura
que no pude preveer.
(Leyendo.) »Es preciso proclamar
»Emperatriz á Isabel,
»y esta noche en la demanda
»sabré morir ó vencer.»
¡Oh! en cuanto á lo de morir,
no se engaña el Coronel.
(Se oyen las doce.)

ESCENA XIX.

Dicho.—LA PRINCESA.—SOFIA.—RIELOF.—Señoras, caballeros y oficiales.

MÚSICA.

CORO DE HOMBRES.

De la media noche
la hora sonó ya,
luzcan las hermosas
su velada faz.

SEÑORAS.

Pues que de las doce
la hora sonó ya,
descubrir debemos
nuestra alegre faz.

HOMBRES.

Fuera la careta
que robando está
á estos corazones
la tranquilidad.

SEÑORAS.

Fuera la careta
que robando está
á esos corazones
la tranquilidad.

(Todos se quitan la careta.)

PRINCESA.

No porque del rostro
falte el antífaz
cese la alegria
ni el feliz solaz.

TODOS.

Siga de la fiesta
el feliz solaz
y la alegre danza
vuelva á comenzar.

(Van á irse.)

CONDE.

Un momento, y prontamente
seguirá la diversion.
En nombre de la regente,
Coronel, daos á prision.

BARON.

Qué decis?

CONDE.

Rendid la espada.

PRINCESA.

(Cielo santo!)

SOFIA.

(Justo Dios!)

PRINCESA. (A Rielof.)

Qué es aquesto?

RIELOF. (A la Princesa.)

No sé nada.

BARON.

Por qué falta?

CONDE.

Por traidor.

PRINCESA.

Del iris de ventura
que ya empezó á brillar,
la pura luz destruye
horrible tempestad.

BARON.

El hado vengativo
gozándose en mi mal,
me roba la esperanza
que ya empezó á brillar.

SOFIA.

La suerte despiadada
gozándose en mi mal
ni un punto de ventura
al corazon le dá.

CONDE.

El malhadado jóven
mi honor quiso manchar,
y mi furor le guarda
venganza sin igual.

RIELOF.

Tal vez el fiero conde
sus celos por vengar,
al pueblo moscovita
le dé ventura y paz.

CORO.

Si el Conde ha descubierto
algun oculto plan,
el desdichado jóven
lo va á pasar muy mal.

CONDE.

Rendid la espada al punto.

BARON.

Lo haré, pero no á vos,
que asi tratais cobarde
cuestiones del honor.

(Entrega la espada á uno de los oficiales.)

RIELOF. (A la Princesa.)

Al que por vos su vida

tan noblemente dá,
á su menguada suerte
podreis abandonar?

PRINCESA.

¡Jamás! Fuera una infamia.
Tomad ese papel,
y que arda el mundo entero
para salvarlo á él.

(Le dá la proclama.)

Su noble hidalguía,
su tímido amor,
me dan energia,
me infunden valor.
Si airada la suerte,
me burla cruel,
y sufre la muerte,
con él moriré.

BARON.

Su vil cobardía,
mi férvido amor,
me dan energia,
me infunden valor.
Si airada la suerte
me hiere cruel,
por ella la muerte
feliz sufriré.

SOFIA.

La estrella que impía
me veda su amor
me presta energía,
me infunde valor.
Si amiga la suerte
me ayuda una vez,
de mísera muerte
salvarle sabré.

RIELOF.

Celosa porfía,

caprichos de amor,
la faz hoy transforman
de aquesta nacion.
Si amiga la suerte
me ayuda esta vez,
con ánimo fuerte
salvarla sabré.

CONDE.

Su torpe falsía,
su negra traicion,
inundan el pecho
de fiero rencor.
Si amiga la suerte
me ayuda esta vez,
con ánimo fuerte
vengarme sabré.

CORO.

La cara sombría
del conde feroz,
su atroz tiranía
infunden pavor.
Si amiga la suerte
no mira por él,
segura es la muerte
del buen coronel.

(Dos oficfales se llevan preso al Baron.—Todos los personajes demuestran muy marcadamente en sus fisonomías y actitudes la emocion de que están poseidos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Patio de un cuartel con trofeos militares. A la derecha del actor puerta en primer término; y otra idem más grande en segundo, que conduce al exterior: á la izquierda y tambien en segundo término, otra.—Al fondo verja de todo foro, que deja ver una calle.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye el toque de tambores y cornetas que tocan diana.—En la puerta grande de la derecha se pasea un centinela: despues sale el Baron por la otra del mismo lado.

MÚSICA.

BARON.

El toque de diana
anuncia el nuevo dia,
el sol de la mañana
sus rayos nos envia.
Feliz el que al ocaso
lo mire descender:

¡ay! triste del que acaso
jamás lo vuelva á ver.
Dentro del pecho
muera el dolor,
y el rostro muestre
noble valor.
Que un militar
debe morir,
sin demosrtar
miedo pueril.
Venga, pues, la muerte fiera
hiérame sin dilacion,
que mi pecho aquí la espera
con valiente corazon.

HABLADO.

Sí, valor, que fuera mengua
para el que en veinte combates
la muerte arrostró animoso,
esperarla ahora cobarde.

ESCENA II.

Dicho.—NICOLASA vestida de cadete. (Puerta izquierda.)

NICOLASA. Mi coronel...
BARON. ¿Eh? ¿quién vá?
NICOLASA. Soy yo.
BARON. ¿Y bien?... ese semblante...
NICOLASA. ¿No me conoceis?
BARON. Recuerdo...
NICOLASA. Nicolasa.
BARON. ¿En ese traje?
NICOLASA. No lo extrañeis, como el Conde
es coronel comandante

de este cuerpo de cadetes,
y en casa hay mil equipajes...
le propuse á mi señora...

BARON. Y vienes aquí á insultarme
con tu presencia... ¿ tú que eres
causa de todos mis males...
tú que vendiste el secreto...

NICOLASA. Señor Baron, perdonadme;
el Conde me sorprendió...

BARON. Y como es un miserable,
mi billete le ha prestado
escusa para vengarse.
En fin, ya no hay que pensar
más que en el último trance.

NICOLASA. ¿Estais loco? todavía
no es para desesperarse.
Si viérais cuánto ha llorado
mi señorita...

BARON. Su imágen
aliento dará á mi pecho
hasta en el último instante.

NICOLASA. No hay que perder la esperanza.
Al venir á este paraje
traigo intencion decidida
de salvaros.

BARON. Disparate.
Por doquier hay centinelas
que nuestros pasos atajen.

NICOLASA. Ayer á nadie dejaron
traspasar esos umbrales,
mas hoy...

BARON. Como la sumaria
ha terminado sus trámites,
dejan que me comunique
con mis amigos.

NICOLASA. Que hábiles
sabrán sacaros de aquí.
Al presentarme ayer tarde
al mayor de este colegio,
para que en él me filiase,
lo hice con un nombramiento
que mi señora dias hace
obtuvo para un pariente
lejano.

BARON. Y bien?

NICOLASA. Escuchadme.
En cuanto el viejo Mayor
se enteró de mi linage,
me dió el grado de sargento,
y soldados y oficiales
todos me miman y adulan,
y ya soy aquí el tu autem.

BARON. Pero no entiendo...

NICOLASA. Esta noche
cuando esté de vigilante,
engaño á los centinelas,
me hago dueña de esa llave
(Señalando la primera puerta derecha.)
y despues no faltará
sitio por donde escaparse.

BARON. Oh! cuando llegue la noche
tu interés ya será en valde.

NICOLASA. Silencio, que los cadetes
á hacer egercicio salen
y no conviene... marchaos
y sin cuidado esperadme.

(Vase el Baron.)

ESCENA III.

NICOLASA, CADETES, que salen por la izquierda en formacion y con armas.

MÚSICA.

NICOLASA.

Ese cuerpo más marcial
y ese paso más veloz...
uno, dos... uno, dos...

CORO.

Del sargento ejecutad
lo que marca con su voz:
uno, dos... uno, dos...

NICOLASA.

Las distancias no perder,
vista al frente y avanzad...
ran, tran... ran tran...

CORO.

Es preciso obedecer
al sargento sin chistar:
ran, tran... ran, tran...

NICOLASA.

Marche al centro el banderin,
y empezad á maniobrar,
ran, tran... ran, tran...

CORO.

¡Qué penosa es de sufrir
esta vida militar!
ran, tran... ran, tran...
(Hacen varias evoluciones.)

NICOLASA.

Bravo, muchachos,
bravo, por Dios,
tacto de codos,
más precision;
vista á la izquierda,
listos los piés;
bravo, muchachos,
sale muy bien.

CORO.

Bravos muchachos
somos, por Dios,
bien lo denota
nuestra instruccion.
Tacto de codos,
listos los piés.
Bravos muchachos
somos, ¡pardiez!

NICOLASA.

¡Batallon!.. descanso.

CORO (descansando las armas.)

Uno... dos... tres... cuatro...

(Nicolasa manda ejecutar lo que parezca conveniente del manejo de carabina.)

NICOLASA.

El que menos de vosotros,
no hay en ello que dudar,
por su ciencia y valentía
llega pronto á general.
Que es el placer
del militar
lidiar y vencer,
luchar y triunfar.
Suene el parche y el metal:
tatá, tatá, tatá, tatá.

CORO.

El que menos de nosotros,

no hay en ello que dudar,
por su ciencia y valentía
llega pronto á general.
Que es el placer
del militar,
luchar y vencer,
lidiar y triunfar.
Suene el parche y á marchar:
ran cataplan, ran cataplan.

HABLADO.

NICOLASA. Aguerridos batallones,
nobles alumnos de Marte
he quedado satisfecha...
quiero decir... (¡Por San Jaime!)
que satisfecha mi alma
viendo vuestra inimitable
instruccion y disciplina,
prometo pasar un parte
al coronel director
del cuerpo, participándole,
que con tan valientes héroes
puede retar á combate
á todo el mundo, y tomar
como quien toma un jarabe,
el Japon, la Transilvania,
la Patagonia y Getafe.
Pueblo de España, que tiene
dos millones de habitantes.
Conque... firmes: tercien... ar...
Flanco derecho... ar... ¡Buen aire!
De frente, por la derecha...
paso redoblado... marchen. (Váse el coro.)

ESCENA IV.

NICOLASA.—Despues CORNELIO.

NICOLASA. Parezco efectivamente
un sargento... y es probable:
mi padre lo fué en las filas
del excelso Pedro el Grande,
y me leyó tantas veces
la táctica y todo el arte
de la guerra, que aprendí
á mi pesar lo bastante...
pero, ¿qué miro? Allí viene
mi marido, ¡voto al draque!
si me conoce, sus celos
dan con nuestro plan al traste.
Valor, y hagámosle ver
lo blanco negro: eso es fácil.

CORNELIO. ¡Hola!.. ya se han levantado
los cadetes. Bien les hacen
trabajar... ¿eh? y este es nuevo,
no conozco ese semblante...
(Nicolasa dá vueltas girando sobre sus piés y Cornelio alrededor para verle la cara.)
(¡Por el alma de mi abuela,
que es particular el lance!
de perfil se le parece
á mi muger!..)

NICOLASA. ¡Eh!... ¡bergante!
¿Hay algun baile de monos
en mi cara?

CORNELIO. Dispensadme,
pero creí...

NICOLASA. (Mirándole de frente.) ¿Bien y qué?
CORNELIO. Por San Nicolás de Bari,
si es la mis!..
NICOLASA. ¿Quereis tabaco?
CORNELIO. (La voz de ella no es tan acre.)
NICOLASA. Vamos, despachad... ¡mil bombas!..
CORNELIO. No fumo.
NICOLASA. ¿Que no? ¡Petate!..
Lo único que diferencia
á los séres racionales
de los brutos, es el uso
del tabaco.
CORNELIO. Es innegable:
no he visto perros que fumen.
NICOLASA. Y hallareis hombres que ladren.
No lo digo esto por vos...
CORNELIO. Mil gracias... Sois muy amable.
(¡Señor! cuanto más le miro...)
Si quisiérais explicarme...
¿Habeis sido vos muger
alguna vez?
NICOLASA. ¡Voto á sanes!
¿quereis que os rebane el cuello?
CORNELIO. (No puede ser... ese empaque.....)
¿Teneis alguna parienta
que se os parezca en el aire?..
NICOLASA. Si señor, tengo una prima
casada con un tunante.
CORNELIO. Nicolasa ..
NICOLASA. Justamente.
¿La conoceis? es un ángel.
CORNELIO. (Patudo.) ¡Si la conozco!
Es la muger más infame
que come pan.
NICOLASA. Despacito,

y sed parco en los ultrajes
á mi familia, ¡ó por Dios!....

CORNELIO. Es que yo puedo quejarme,
porque esa pérfida es
mi esposa.

NICOLASA. ¿Eh?

CORNELIO. Y en buen análisis
es mi paliza perpétua.
Sabed, que esa miserable...

NICOLASA. ¿Otra vez? Apostais algo
á que os aprieto el gaznate?....

CORNELIO. Pues sabed que esa gacela,
que esa paloma impecable...

NICOLASA. Así vais bien.

CORNELIO. Que esa tórtola...

NICOLASA. Seguid.

CORNELIO. Ha liado el petate,
y se ha marchado...

NICOLASA. Bien hecho.
Hará falta en otra parte.

CORNELIO. ¿Sí? Teneis la manga ancha.

NICOLASA. Pues buscad al mismo sastre.

CORNELIO. Tambien el astuto cómplice
de la infiel, toma el portante
muy en breve.

NICOLASA. No os entiendo.

CORNELIO. Pero ese emprende un viaje
más largo.

NICOLASA. ¿Quién?

CORNELIO. El Baron...
el preso...

NICOLASA. ¿Y bien?

CORNELIO. Que esta tarde
lo despachan. El Consejo
se terminó hace un instante.

NICOLASA. ¿Y qué?
CORNELIO. Que ya no lo ahorcan:
no hacen más que fusilarle.
Ya veis si ha salido bien...
NICOLASA. ¿Pero eso es cierto?
CORNELIO. Indudable.
NICOLASA. (Ya no hay medio: y yo que vine
con intencion de salvarle.)
CORNELIO. Pues poco cisco ha movido
ese Baron botarate.
Se han hecho muchas prisiones
de nobles y militares
que estaban en el complot;
y aunque ya todos sus planes
se han descubierto, aseguran,
los que de jaranas saben,
que se prepara tormenta;
y yo, porque no descargue
sobre mis costillas, vengo
al colegio á refugiarme.
Como soy el domador
de sus jamelgos, me abren
á todas horas las puertas.
NICOLASA. (Con noticias tan fatales,
¿qué hacer?)
CORNELIO. El Conde á caballo
corre ya por esas calles...
NICOLASA. (Y no podrá la Condesa
con dádivas prepararle
la fuga? Corro en su busca.)
CORNELIO. ¿Conque me direis?...
NICOLASA. Dejadme.
CORNELIO. ¿Os marchais?
NICOLASA. Nada os importa.
CORNELIO. (¡Qué suavidad de carácter!)

¿Y dónde vais?

NICOLASA. Al infierno.

CORNELIO. Os deseo buen viaje.
Mas... ¿cómo os llamais? ¿Quién sois?

NICOLASA. Soy el sargento Vinagre. (Vase.)

ESCENA V.

CORNELIO.—Despues SOFÍA.

CORNELIO. Vinagre... el nombre es tan agrio
como es áspero su genio.
Y el primito se parece
á mi mujer como un huevo
á otro. No... aquella es más alta,
y tiene más claro el pelo.
¡Cuando le veré yo el suyo
á esa arpía del averno!
Abandonar á un esposo
tan cariñoso y doméstico,
por un Baron estirado
y que está ya oliendo á muerto.
(Sale Sofía velada con un manto.)
(¿Eh? ¿quién será esa tapada?
Gran Dios, ¡si fuera!..)

SOFÍA. Mi aliento
apenas dá fuerza al lábio
para preguntar... ¡qué veo!
¿Cornelio aquí? Si pudiera
saber por él?)

CORNELIO. (Observemos.)

SOFÍA. (Con tal que no me conozca.)
Decidme, ¿dónde esta el preso?

CORNELIO. (¿Esa voz?)

SOFÍA. ¿Qué respondeis?

CORNELIO. Que yo no soy carcelero.

SOFÍA. De más lo sé.
CORNELIO. ¡Hola! ¿y por dónde
sabeis? (Ella es.)
SOFÍA. (Vuela el tiempo,
y este necio...) Por favor...
CORNELIO. Favor?... yo no favorezco
á la que tapa su rostro
para ocultar sus enredos.
SOFÍA. (¿Esto más?)
CORNELIO. Ya sé quien sois.
SOFÍA. (¡Gran Dios!)
CORNELIO. No me mamo el dedo.
¿Os vais?
SOFÍA. Dejadme.
CORNELIO. ¡Pantera!
SOFÍA. ¿Qué decis?
CORNELIO. Tigre... lobezno.
Hacer á su propio esposo
corredor!...
SOFÍA. (¿Qué está diciendo?
piensa que soy Nicolasa!)
CORNELIO. ¡Culebra boba!
SOFÍA. ¡Silencio!
O nos perdemos los dos.
Tu esposa soy, no lo niego.
CORNELIO. ¿Lo vés? si el que á mí me engañe,
ha de ser muy marrullero.
SOFÍA. Pues bien, yo tengo que hablar
con el Baron.
CORNELIO. Pero eso...
Ya es el colmo del descaro:
¡autorizar yo!.. primero...
SOFÍA. Escucha.
CORNELIO. ¡No escucho!
SOFÍA. (Le dá un bolsillo.) Toma.
CORNELIO. Venga: ya te escucho atento. (Lo toma.)

SOFÍA. Los cómplices del Baron
su confidente me han hecho,
y en pago de mis servicios
me dan todo ese dinero.

CORNELIO. Pues eso es casi peor...

SOFÍA. Ya que sabes el objeto...

CORNELIO. ¿Te has metido á bullanguera?

SOFÍA. No perdamos los momentos.
Dí al Baron que quiero hablarle.

CORNELIO. (La tendrá sorbido el seso,
cuando...)

SOFÍA. ¿No vas?

CORNELIO. Me resigno.

SOFÍA. Jura guardar el secreto
por el santo de tu nombre.

CORNELIO. Lo juro por San Cornelio.
Mas, sabe, que si sucumbo,
es porque conciencia tengo,
y no quiero que me digan,
que te estafo este dinero. (váse.)

ESCENA VI.

SOFIA.

SOFÍA. Le hablaré la última vez:
sabrá cuanto me intereso
por su vida, y sin faltar
á mis deberes supremos
arrancaré de la muerte
al que aún adora mi pecho.

ESCENA VII.

Dicha.—EL BARON.—CORNELIO.

MÚSICA.

CORNELIO.

Señor, esa es
mi cara mitad.

SOFÍA (Descubriéndose el rostro por un momento.)

¿Me reconoceis?

BARON.

¡Oh! ¡felicidad!

CORNELIO.

Delante de mí,
por urbanidad,
debeis omitir
el manosear.

SOFIA.

La terrible desventura
se conjura contra vos,
y á templar vuestra amargura
desolada vengo yo.

BARON.

Mi terrible desventura
en placer se convirtió,
y disipa mi amargura
de esos ojos el fulgor.

CORNELIO.

Qué bonita es la figura
de un marido bonachon
cuando mira la ventura
de que el cielo le colmó.

SOFIA.

Esta llave, que con oro
he podido conseguir,
abre paso á una salida
por la que podreis huír.
Cuando la noche
su manto tienda,
vendrá á buscaros
mi fiel doncella.
Partid al punto,
y el cielo quiera
daros la dicha
que á mí me niega.

BARON.

¿Por qué conmigo
no partís vos?

SOFIA.

En mi no cabe
tal deshonor.

CORNELIO.

Mientras ufanos
hablan los dos
yo muy conforme
toco el violon.
Ron, ron, ron.
(Figurando que lo toca.)

BARON.

Selle mi lábio
con efusion...
(La besa la mano.)

SOFIA.

Que nos observan,
por compasion.

CORNELIO.

No me hagais caso...

re, si, fa, do...
Siga la broma:
si, la, mi, sol,
ron, ron, ron, ron.

BARON.

A tus ojos
desde niño,
mi cariño
consagré.
No los vuelvas
despiadada
olvidada
de mi fé.

SOFIA.

A sus ojos
siendo niño
mi cariño
consagré.
Pero esposa
fiel y honrada
inculpada
moriré.

CORNELIO.

Si se le vá buscando
con un candil,
no se encuentra un marido
más infeliz.
Ni puede haber
otra más descocada
que mi muger.

HABLADO.

SOFÍA. Adios.
BARON. Un instante más.
SOFÍA. Imposible. Que el Eterno

os haga feliz. Adios.

BARON. Adios. Quizás hasta cielo.

(La besa la mano.)

CORNELIO. ¡Hombre! eso ya es abusar.

BARON. Mi alma os llevais.

SOFÍA. La mia os dejo.

CORNELIO. (Al Baron.) Conque descansad.

(Sigue á Sofía.)

SOFÍA. Quedaos.

CORNELIO. No tan solo no me quedo,
sino que en llegando á casa,
te voy á dar un solfeo...

SOFÍA. Baron, detened á ese hombre.

BARON. Marchad. (Vase Sofía.)

CORNELIO. ¿Y con qué derecho?

BARON. ¡Miserable! no te muevas,
ó mi furor...

CORNELIO. No me muevo,
soltad. (En ganando yo
la puerta, él no puede...) Vuelvo.

(Vase corriendo.)

ESCENA VIII.

EL BARON.—Despues LA PRINCESA. (Con manto.)

BARON. ¡Infame! juro á mi nombre,
que pagarás tu traidora
vileza. ¿Pero qué digo?
¡A qué ha de jurar mi boca,
lo que no es dado á mi brazo
cumplir con firmeza pronta!...
(Viendo entrar á la Princesa.)
Es ella otra vez?...

PRINCESA. Baron,

vengo á mi puesto.

BARON. ¡Señora!
¿vos aquí?

PRINCESA. Vengo á morir
á vuestro lado.

BARON. ¡Me asombra!...
¿Vos, Princesa?...

PRINCESA. Por mi causa
cambió vuestra suerte próspera.
Por mí de vuestra existencia
el hilo el destino corta.
Justo es que muera con vos,
quien vuestra muerte ocasiona.

BARON. ¿Qué decís? Santo deber
fué de mis actos la norma;
y al que muere en tal demanda,
el Señor le galardona.

PRINCESA. Mis presentimientos son
ya realidad espantosa.
Descubierto el plan, los unos
gimiendo ya en prision lóbrega;
otros temiendo igual suerte,
sus hogares abandonan;
y vos... ¡Esto es horroroso!

BARON. ¿Condenado? y bien, ¿qué importa?
Mi existencia pertenece
á vuestra excelsa persona;
perderla por vos, será
la más envidiable honra.

PRINCESA. ¡Oh! ¡callad! que esas palabras
el corazon me destrozan.

BARON. Si hoy la mudable fortuna
nuestros proyectos estorba,
bien pronto, no lo dudeis,
se alzará la Rusia toda,

y en vuestras augustas sienes
pondrá la imperial corona.

PRINCESA. ¿Y qué vale la diadema
cuando el corazon agovia
horrible pena? Además,
vos ignorais que yo propia
voy á ser blanco tambien
de la despiadada cólera...

BARON. ¿Vos? no alcanzo...

PRINCESA. Esa proclama
que ayer con mano medrosa
firmé, se lee en todas partes...
y mi crímen testimonia.

BARON. ¡Ah! sí, todo lo comprendo.

PRINCESA. Baron, ¿dudareis ahora
de que comparto con vos
la misma suerte espantosa?

BARON. Pero aun es tiempo... ocultaos.

ESCENA IX.

Dichos.—RIELOF.

RIELOF. (¡Ah! no me engañé.) Señora...
Pensaba hallaros aquí.

PRINCESA. ¿Sí? ¡gozad en vuestra obra!

RIELOF. El infierno se conjura
y en nuestra desdicha goza.
Pero aun si teneis valor
no es segura la derrota.

PRINCESA. ¿Valor dudais que me sobre
cuando mi esperanza toda
la cifro en el noble ánimo
que mi sangre real abona?

RIELOF. El pueblo, que es todo vuestro,

en esas calles se agolpa.
En sus cuarteles murmura
y espera inquieta la tropa.
Solo falta que una chispa
fuego al combustible ponga.

PRINCESA. ¿Y bien?

RIELOF. Que vuestra presencia
puede bastar por sí sola...
Corred, y á esa muchedumbre
mostrad vuestra faz hermosa.
Marchad ante los soldados
que á no dudar os adoran.

BARON. No hay uno en mi regimiento
que vuestro acento desoiga.

PRINCESA. Y se verterá la sangre...

RIELOF. Con sangre el triunfo se compra.
Y la vida del Baron (Ap. á la Princesa.)
Si dentro de media hora
no hemos triunfado, para él
no hay esperanza remota.

PRINCESA. Pues por Dios, que triunfaremos,
que ya mi frente orgullosa
de mi padre exclarecido
recuerda la ilustre historia,
y me lanzaré al combate
como rugiente leona.

RIELOF. Bien.

BARON. ¡Que no pudiera yo!...

PRINCESA. Recorreré en mi carroza
calles y plazas, y juro
por la venerada sombra
de Pedro el Grande, morir
si no alcanzo la victoria. (Váse.)

ESCENA XI.

EL BARON.—RIELOF.

BARON. ¿No la acompañais, doctor?
RIELOF. Pienso que más impresiona
á los nobles corazones
la mujer que valerosa
ante el pueblo se presenta
sola, abandonada, heróica,
que la que lleva á su lado
aduladores de escolta.

ESCENA XI.

Dichos —VOREF.—DOS OFICIALES (Por la izquierda.)

VOREF. ¿Señor Coronel?...
RIELOF. (¡Gran Dios!)
BARON. Señor Mayor...
VOREF. Dolorosa
es para un buen militar
la razon que le ocasiona
esta visita.
BARON. Os comprendo:
el Consejo...
VOREF. En su notoria
justicia, os ha condenado...
Ved la sentencia.
BARON. Está en forma.
VOREF. Dentro de quince minutos
resolucion tan penosa
se cumplirá...
BARON. Estoy dispuesto.

VOREF. Mientras que llega la hora,
si en algo puedo serviros,
mandad.

BARON. Gracias: ya me consta
que vuestra buena amistad
mis infortunios deplora.
(Vánse Voref y oficiales.)

ESCENA XII.

EL BARON.—RIELOF.

BARON. Prontó huyó nuestra esperanza.

RIELOF. ¡Quince minutos! De sobra
hay tiempo para que triunfe
nuestra bandera gloriosa.
No lo dudeis, la princesa
recorrerá vencedora,
tal vez en este momento,
la capital de Moscovia.

ESCENA XIII.

Dichos.—CORNELIO.

CORNELIO. ¡Echale un galgo!... La infame
apenas pisó esa plaza,
ris... despareció lo mismo
que luz de linterna mágica.

RIELOF. Este quizás sepa... escucha.

BARON. ¿Qué hay?

CORNELIO. Que se fué la taimada.

BARON. No es eso.

RIELOF. Responde pronto,

CORNELIO. ¿Pero bien, de qué se trata?
BARON. ¿Qué has observado?
RIELOF. ¿Qué has visto?
CORNELIO. ¡Ah! ya... que no he visto nada.
RIELOF. ¿No hay visos de conmocion popular?
BARON. ¡Ilusion vana!
CORNELIO. La córte de Rusia está
más tranquila que una balsa.
Sin embargo, anda la gente
recelosa y escamada.
Los ciegos dejan su esquina
para no ver las desgracias.
Los cojos, por si los cogen,
parece que llevan alas.
Los tuertos abren el ojo,
y tuercen hácia su casa.
Los mancos en su trabajo
dando de mano, se abrazan,
y se van de mancomun,
y los talleres desmancan.
Los chatos, por oler algo,
un palmo de nariz sacan.
Los jorobados se apiñan,
y la rectitud reclaman.
Los tartamudos disputan,
los mudos parece que hablan.
los más pequeños se crecen,
y los más altos se agachan.
Gritan unos, corren otros,
aquí pegan, allí amagan.
Pasan tropas, cruza el pueblo,
miran, guiñan, tosen, llaman,
votan, juran, riñen, huyen!..
Y esto es todo lo que pasa;

que por lo demás está
la córte como una balsa.

(Pasan tropas en buena formacion y á paso acelerado por detrás de la verja.)

RIELOF. (Al Baron.) Señales son esas fijas
de la próxima borrasca.
Y si la egregia Isabel
sabe concitar las masas,
segura es nuestra victoria.

CORNELIO. Lo mejor se me olvidaba:
que la princesa está presa.

RIELOF. ¡Cielos!

BARON. Semejante chanza...

CORNELIO. ¿Cómo chanza? muy formal.
Yo, la he visto rodeada
de soldados y oficiales
que á palacio la llevaban.

RIELOF. ¡Ya no hay remedio!

BARON. ¡Mi estrella
es como siempre inhumana!

RIELOF. ¡Ni una señal, ni un rumor
que halague nuestra esperanza!

BARON. Cobardes son y traidores
los que á Isabel desamparan.

(Se oyen cañonazos á lo lejos.)

RIELOF. ¿No escuchais?

BARON. Sí.

CORNELIO. Ya se armó.

RIELOF. Son los fuertes de la plaza
que hacen fuego.

CORNELIO. (Temblando.) Justamente.

ESCENA XIII.

Dichos.—NICOLASA por detrás de la verja.

NICOLASA. ¡Albricias!... ¡suenen las salvas!
¡Que viva Isabel primera!
BARON. ¡Eh! ¿qué dice esa muchacha?
CORNELIO. Ya está la tormenta encima.
¡Protégenos, Santa Bárbara!
RIELOF. Es necesario saber...
NICOLASA. (Saliendo á la escena.)
¡Compañeros, á las armas!
RIELOF. ¿Qué sucede? pronto, dí.
NICOLASA. Si no puedo echar el habla...
CORNELIO. (¡Hola! El sargento Vinagre.)
BARON. ¿Pero esas salvas?... Acaba.
NICOLASA. Que ha tronado la regencia,
y que la gente proclama
á la Czarina Isabel.
RIELOF. ¿Lo escuchais?
BARON. ¿Pero no estaba
presa?
NICOLASA. Justo. Si por eso
ha empezado la jarana.
La hermosísima Princesa
por una calle cruzaba
en su coche. Una patrulla
quiere detener su marcha:
se entera el pueblo, se acerca
y á los soldados rechaza.
Resisten estos, entonces
por do quier cunde la alarma:
llega el Conde con los suyos,
y una bala extraviada

le hace una profunda herida,
y por ella entrega el alma.

BARON. ¿Ha muerto?

NICOLASA. Un pícaro menos.

CORNELIO. Sea por siempre alabada
la divina Providencia. (Santiguándose.)

NICOLASA. Los que al Conde acompañaban,
huyen: la valiente tropa
con el noble pueblo hermana,
y entre las aclamaciones
y los hurras entusiastas,
y las salvas de los fuertes,
y el toque de las campanas,
la imperial diadema ciñen
á su nueva soberana,
y la conducen en triunfo
por esas calles y plazas.
Ya llega la comitiva
con banderas y guirnaldas.

(A través de la verja y al son de la orquesta y bandas militares, se ve pasar la comitiva en la forma siguiente: Primero un grupo de gente del pueblo con banderas. Despues soldados que la apartan. Banda militar. Un piquete de tropa con bandera coronada de guirnaldas de flores. Lacayos, caballeros, oficiales y generales. Otro piquete. Una carroza tirada por cuatro caballos con lujosos arneses y penachos, en la que va la Princesa: más tropa: otra banda militar y pueblo con banderas y gallardetes. Al aparecer dicha comitiva, salen los cadetes en formacion y se sitúan en ámbos lados de la escena. Al pasar la emperatriz, presentan las armas y baten marcha los tambores.

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—LA PRINCESA.—CABALLEROS, CADETES y OFICIALES: despues SOFIA por la derecha.

RIELOF. ¡Viva la Czarina!
TODOS. ¡Viva!
PRINCESA. Gracias. ¡Baron!... ¡Rielof!... ¡cuánta
es ya mi ventura!
BARON. El cielo
volvió por la buena causa.
SOFÍA. ¡Señora! Salvad mi vida
por el pueblo amenazada.
PRINCESA. Nada temais á mi lado.
Conozco vuestra desgracia,
y con mi buena amistad
procuraré consolarla.
NICOLASA. ¡Hola, primo! (A Cornelio.)
CORNELIO. ¡Hola, sargento!
NICOLASA. ¿Hallásteis á Nicolasa?
CORNELIO. No, pero como la encuentre,
se mama una capuana...
NICOLASA. Pues la buscaremos juntos
y juro que hemos de hallarla.
PRINCESA. (Al Baron.) Y vos, mi noble caudillo...
qué pedis?
BARON. Que el cielo haga
tan feliz vuestro reinado,
cuanto lo ansía mi alma.
PRINCESA. Y nada más? advertid,
que por singular y alta
que sea la pretension...

BARON. Solo os pediré una gracia.
PRINCESA. Hablad.
BARON. No para el momento.
Más tarde, cuando la amarga
impresion que hoy recibiera
no turbe su dulce calma,
os pido que de Sofia
me otorgueis la mano blanca.
PRINCESA. (¡Qué oigo!)
BARON. Desde la niñez
la amé con toda mi alma.
SOFIA. Es verdad.
PRINCESA. (Triste de mí!..
Y yo que feliz soñaba!...)
(Aparte á Rielof.)
Rielof, me habeis engañado!
RIELOF. (Aparte.)
Para salvar á mi patria.
PRINCESA. (Aparte.)
Pero yo castigaré
en él y en vos...
RIELOF. (Aparte.) A esas plantas
espiaré el noble delito,
de haceros mi soberana.
PRINCESA. (¡Valor!) Alzad. En mi pecho
no cabe la cruel venganza.
Marchemos.
RIELOF. (Aparte.) Un grande imperio
de vos la ventura aguarda.
Qué mas dicha apeteceis
que ser por él adorada?
PRINCESA. (Bien mi amante corazon
su desdicha presagiaba.
Ciño la imperial diadema
y empiezo á ser desgraciada.)

RIELOF. Moscovia por Isabel!
¡Plaza á la Czarina... plaza.

(Vuelven á tocar las bandas militares que se han quedado detras de la verja de frente al publico. El pueblo, colocado detras de las músicas, agita las banderas y pañuelos; animacion y alegria en todos los circunstantes. La Princesa se dirige á la puerta de entrada, seguida de Sofia, el Baron, Rielof, etc. Los cadetes, terciando el arma, cierran esta vez la comitiva.—Baja el telon.

FIN DE LA ZARZUELA.

ERRATAS IMPORTANTES.

En la página 26, línea 33, donde dice:

RIELOF. (¿Qué oigo?) ¿La que amnis está?

Debe decir:

RIELOF. (¿Qué oigo?) ¿La que amais está?

En la pág. 45, línea 4, donde dice:

PRINCESA. Si hubiérais estado presa

Debe decir:

PRINCESA. Y es natural mi alegría:
si hubiérais estado presa

En la pág. 68, línea 20, donde dice:

RIELOF. Sí, yo; tambien el Conde.

Debe decir:

RIELOF. Sí, yo; y tambien el Conde.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 11 de Diciembre de 1862.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1862.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (T.)

Clínica tocológica. hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A.)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12

En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres. actos. 8

LIERN (RAFAEL M.)

Truquiflor de maridos, comedia en un acto 4

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F.)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M.)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras, Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto.. 4

PASTORFIDO (M.)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PETÁNO Y MAZARIEGO (G.)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

PICON (J.

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4

Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

* A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (M.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto.. 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

(VILLANUEVA (J. JOAQUIN)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLERO (E.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

3 0112 117460698

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.